



MADRESELVA

Virginia Cano

ÉTICA TORTILLERA

**Ensayos en torno al *êthos* y la
lengua de las amantes**



Ética tortillera

Virginia Cano

Ética tortillera

Ensayos en torno al *êthos* y la
lengua de las amantes

Virginia Cano



Virginia, Cano

Ética tortillera : ensayos en torno al êthos y la lengua de las amantes . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Madreselva, 2015.

128 p. ; 17x11 cm.

ISBN 978-987-3861-01-7

1. Estudios de Género. 2. Lesbianismo. I. Título

CDD 306.766 3

Fecha de catalogación: 10/04/2015

Ética tortillera: ensayos en torno al êthos y la lengua de las amantes

Editorial Madreselva, Buenos Aires, primavera 2015.

www.editorialmadreselva.com.ar

info@editorialmadreselva.com.ar

Portada fragmento de Le sommeil de Gustave Courbet,
diseño de Verónica Tello.

Diseño de interiores: Cooperativa de trabajo Tricao
(tricaolab@gmail.com)

Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

a Catalina,

*por las torsiones que imprimís en mi lengua,
en mi cuerpo y en mi escritura tortillera*

El martillo que se hace labrys que se hace lengua

“Tiene una guerra en la lengua...
Intuye que puede perder, pero más la salpica
ese afán de boca libre”¹

El golpe que se vuelve corte que se vuelve voz. En estos ensayos, Virginia Cano experimenta un proceso de lesbianización del saber y de la práctica filosófica-política mediante una fervorosa praxis de conversión: el martillazo nietzscheano que, bajo la ferocidad amatoria y la sagaz travesura de la crítica a la razón heterosexual, se transforma en la mitológica –pero simbólicamente efectiva– hacha amazónica que talla una lengua tortillera y guerrera bajo una dicción trémula y asertiva.

La política escritural que se despliega en estos ensayos logra el ritmo que se desprende de esos tres gestos. Golpear, cortar, decir. Una ficcionalización disidente del pensamiento heterosexual que revierte en una operación de desnaturalización de subjetividades, saberes y lenguas. Se golpea una tradición

1. Poema “Afán de boca libre”, en <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2009/06/afan-de-boca-libre.html>

para hacerla temblar en sus cimientos heteronormativos, se cortan y se desplazan enunciados para abrir sentidos eliminados o clausurados, y se dice con la húmeda, filosa y astuta lengua lesbiana.

Si para Borges “el prólogo, en la mayoría de los casos, linda con la oratoria de sobremesa o con los panegíricos fúnebres y abunda en hipérboles irresponsables... o, cuando son propicios los astros, es una especie lateral de la crítica”, en este caso, este prólogo no es más que la continuidad de un diálogo sostenido en desayunos lagañosos de mediodía, a través de mails esporádicos, mediante algún beso en tetas a la entrada de una catedral, en circunstanciales y tediosos –para mí– eventos académicos y, fundamentalmente, en la lectura apasionada de nuestros textos.

Es un diálogo poblado de exilios, desiertos, lenguas, errancias, desvíos, juegos, incisiones, trampas... tropos que Virginia hábilmente pone a jugar en su poética escritural, atravesándolos, descarnándolos, habiéndolos provisoriamente, sacudiéndolos, espionando en sus pliegues, reversos y confines. Se huele en esta obra un merodeo febril, un tránsito embriagador que hace de la incomodidad, la incertidumbre y el riesgo con que acomete las políticas del (des)nombrar como tecnologías de producción subjetiva, un deleite que contagia viva expectativa. Este deambular de la letra con aliento eufórico y vehemente es la clave que abre jaulas y rasga el sustrato más cuajado de una misma.

Una *poética de la encrucijada* la suya –la tuya Vir–, porque lo que desborda en estos textos son cruces: de lo personal a lo político, del gay al lesbiana, de la homosexualidad al lesbianismo, de la epístola a la ponencia, de la pertenencia al exilio, del inglés al español, del secreto a la decibilidad, del activismo a la academia, del graffiti al aula, del cuerpo a la palabra, del coger a la docta, de la ficción a la teoría... de un lado a otro, en un zigzag insolente del interrogar los límites y fronteras de la gimnástica del pensar que (re)define nuestros modos de ser. Desde una enunciación lesbiana que es suspensión del habla recta y normalizante, desde una lengua feminista y queer que no teme titubear haciendo de la duda condición epistemológica de toda práctica de saber, en cada ensayo se desgrana la crítica que trastorna y rehace el centro neurálgico de esos rituales de pasaje.

No es fácil hacerse una voz *como* lesbiana, es un trabajo arduo, doloroso y entusiasta en un territorio hostil y tan árido como es la academia para esas lenguas más vivaces y vitales. En su pulsión escritural, Virginia sitúa el lesbianismo en múltiples posiciones a través del “como”, esa figura lúdica de la enunciación, de la contingencia, que la hace aventura, apetito y goce, localizándose ella misma como lesbiana en diferentes escenarios: la amante, la académica, la activista, la filósofa. Así, combina en su escritura una voluntad de forma con una cuidada y tenaz modelización del lenguaje que

dibuja un estilo propio, a la vez que entrecruza estéticas versátiles: la estética recia del martillo que destruye ídolos, con la estética belicosa del hacha que punza preguntas díscolas, con la estética jugosa y porosa de la lengua que compone y cartografía un *corpus lesbiano*.

Su casi obsesión con la lengua, tanto la lengua de la norma sexual que gobierna nuestros cuerpos y el orden del discurso, como la lengua tortillera o torti-lengua, la hacen una lenguívora², *que no sólo en cada beso pierde su lengua* –y en cada clase y en cada texto–, sino que en cada práctica del (des)decir compone otra, explora, seduce, construye, implosiona. ¿Porque acaso no es la seducción de la palabra con frenesí lésbico que practica Vir Cano lo que hace tan eróticos como políticos estos ensayos?

En su ademán escritural Virginia juega con las lenguas, y en ese entrelenguas se extasía en/con sus deslices. En el oficio de escurrir las palabras, la crítica como *pensamiento del límite* toma la forma de una lucha por *la variabilidad de las posiciones y de la multiplicidad de los colores* que se hace fiesta. A fuerza de preguntas y maniobras poéticas y filosóficas, el conjunto de tácticas con el que esta guerrera nietzscheana de acento wittigneo y butleriano afronta el cuerpo cavernoso de los saberes con/sagrados, emprende un

2. <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2010/09/lenguivora.html>

trabajo de re-escritura del mundo (hetero)normal, de re-invencción de ficciones disidentes, de re-creación gramático-escritural de la subjetividad lesbiana. Desde ese ímpetu revoltoso, las intervenciones textuales en la tipografía con las sangrías, los guiones, los paréntesis, la cursiva, las barras, son un arma templada en una vitalidad exuberante que toma la forma ritual del fileteado, que augura una lectura reversa e inversa, que altera y agrieta las líneas de un decir monolítico y congestionado de sentidos sedimentados y opresivos .

El murmullo mordaz y huidizo de las *amantes insurrectas* se incrusta en las mutaciones de esa lengua camaleónica que es la lengua lesbiana. De modo que la experiencia de franqueamiento posible del límite supone un ejercicio constante de ver *en lo que nos es dado como universal, necesario, obligatorio, cuál es la parte de lo que es singular, contingente y debido a coacciones arbitrarias*. Una tarea más de abandono que de amparo, de deserción de las seguridades, de desapego a la tradición y a la autoridad.

Reivindicadas las categorías de identidad como instancias provisorias y contingentes de agenciamiento colectivo, tanto como su potencia inventiva, no deja de desconfiar sobre sus impugnaciones y sustracciones. Así, la lesbiana en su *modalidad del plural* se esparce en múltiples y dispares narrativas, fantasías y prácticas de sí, dando cuenta de que la tortilengua supone ingresar *en el juego de lo (im)posible*,

abismándonos a un desprendimiento constante. La lengua lesbiana es amparo y trinchera, *un modo de ver y problematizar el mundo* que se (des)hace y sostiene en la cualidad incisiva que lubrica las palabras en las que acontecen *pieles, besos, marchas, cogidas, deseos, cuerpos, gestos*, esa constelación de prácticas que nos exilian de *una* razón, aquella que se impone como la verdad del sexo.

La preocupación ética ocupa un lugar central en su horizonte problemático, hincando su anguloso deseo intelectual sobre los modos de actuar específicos y las prácticas de sí que construyen los cuerpos lesbianos. Así, la escritura y la lengua provisoria que Virginia busca y construye, lanza una declaración de guerra contra la teoría y filosofía heteronormativa, conserva la alegría serena que solicitan los problemas sombríos y de abrumadora responsabilidad, al tiempo que se sacude una seriedad pesada porque *hasta en la herida hay virtud curativa*³.

Dar a leer es dar a pensar. Dar a leer estos ensayos lesbianos en este contexto donde las escrituras activistas/académicas tienden a comparecer bajo una lógica instrumental y servil a la utilidad y la claridad de lo estándar y el cliché, es un gesto audaz, solidario y comunitario, no para saciar la curiosidad o venir a reclamar una verdad lesbiana, sino para desbordarla,

3. Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*.

excederla, sospecharla, torsionarla, en sus inquietudes, en sus impulsos, y desmontar de esta manera la máquina ficcional que produce verdad y control sobre nuestros cuerpos.

No nos queda más que entregarnos a estas andanzas tortilleras que desperdigan a su paso a su trazo –cual lengüetazo fortuito–, pensamiento de la disidencia sexual que no declina la asidua problematización que se torna incómoda para una política identitaria a la vez que no teme tomar posición, que tiene la gracia del ingenio empapando los lúgubres y yermos pasillos del conocimiento institucionalizado con una respiración agitada en los vaivenes del claustro, la calle y la cama. Si Foucault afirmaba que el saber no ha sido hecho para comprender sino para hacer tajos, la(s) lesbiana(s) que se construye(n) en estos textos al son proteico de martillos, labrys y lenguas, no ha(n) sido hecha(s) para instituir sino para adivinar otros modos de vida.

valeria flores
con apasionada amistad

1. Encrucijadas teórico-lesbo-gráficas

I. La lengua de la investigadora. Subjetividad lesbiana y academia.⁴

“Cuando me llamo a mí misma feminista, lo hago en el intento de dar cuenta de un modo asfixiante, inequitativo, opresivo, violento de vivir en este mundo y, al mismo tiempo, una

4. Este trabajo es el fruto de múltiples discusiones e intercambios con distintos (y contaminados) grupos de trabajo. Agradezco al grupo de lecturas de teoría *queer* (colectivo en búsqueda de un nombre (im)propio), así como al PRI: “Debates contemporáneos de la teoría feminista. Implicancias y aportes para la investigación social”. Este texto recupera notas ensayadas en la ponencia: “Instantes y azares. Reflexiones epistemológicas sobre el rol de la investigadora” presentada en el *Workshop: “Teoría Feminista: una caja de herramientas para investigar”*, organizado por ese mismo PRI. La presente versión final fue presentada en la Mesa: “Desplazamientos epistemológicos, interpe-laciones políticas, itinerarios subjetivos: jóvenes investigadoras lesbianas.”, en el marco del *II Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad: “Lo personal es político”*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 22 al 24 de mayo de 2012. Quisiera agradecer a Canela Gravila y Valeria Flores por convocar, organizar, y pensar esta mesa, así como a Andrea Lacombe y Paula Torricella por participar en la misma.

propuesta para acabarlo para que otro advenga. Cuando me llamo lesbiana, es un intento de desplazar los límites no sólo sexo-genéricos asignados desde afuera, sino sobre todo desde adentro: digo lesbiana, y algo en mí respira a aire nuevo de liberación. Con respecto a poeta, bueno... ahí hago silencio, y espero a ser hablada por Poesía.”

Macky Corbalán,
“La primera militancia es en el lenguaje”⁵

Quisiera comenzar leyendo un breve fragmento de una carta que escribiese a una antigua novia, allá lejos y hace tiempo. Quisiera comenzar con la lectura de un extracto de esa epístola amorosa que, entonces y ahora, desafía la lógica que distingue lo personal de lo político, lo privado de lo público, lo propio de lo ajeno. Me permito, entonces, transcribir (y traducir) dichas líneas:

“¿Alguna vez pensás en inglés? La primera vez que me dije a mí misma que era *gay*, lo hice en este idioma. Solía pensar: “*I’m gay*”. Incluso imaginé contar este (no) secreto en esta lengua. Quizás mi lengua-madre no me permitía en ese entonces siquiera pensar en ello. Decirlo.

5. Corbalán, M., “La primera militancia es en el lenguaje”, entrevista, *Suplemento Tinta China*, N°80, Octubre de 2011. Disponible en: <http://potenciatortillera.blogspot.com.ar/search?q=Tinta+china>

O quizás fue algún tipo de profecía. El anuncio de cierta condición-extranjera. Una manera de aceptar mi homosexualidad y el extraño exilio que viene con ella.”⁶

Si pudiera reescribir este texto, y eso es exactamente lo que me propongo hacer aquí, sustituiría las palabras “gay” y “homosexualidad” por “lesbiana” y “lesbianismo”. En esa sustitución se juega no sólo la posibilidad de dar con alguna lengua provisoria, sino también con un *êthos*⁷, un modo de ser y de habitar el

6. En la “epístola original”, el texto estaba escrito en inglés. Quiero remarcar, con esta aclaración, el ejercicio de traducción (de pasaje de una lengua a otra) que rige la lógica de reescritura de la presente reflexión.

7. Entiendo por *êthos*, un modo de ser y de habitar el mundo que puede ser entendido, aristotélicamente, como una *hexis*, es decir como una disposición actual y pasional, como un modo de habitar el mundo, de ser agentes (y pacientes). En su *Ética nicomáquea*, Aristóteles vincula el término *êthikós* a *êthos*, que puede traducirse como “modo de ser” o “carácter”, así como al vocablo *êthos* que significa “hábito” o “costumbre”. La ética, en ese sentido, se ocupa de los modos de ser que se construyen a través del hábito, de la reiteración de las acciones que construyen o forjan un carácter y un vínculo con nuestras pasiones. Cf. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, trad. E. Sinnott, Buenos Aires, Colihue, 2007, especialmente L. II. En esta línea, pensamos que se puede entender el *êthos* –y la ética– tortiller@, es decir, en el horizonte de las accio-

mundo. Si Derrida tiene razón, y la lengua no es sólo el idioma sino también el conjunto de una cultura – con los valores, normas y significaciones que delimitan un *êthos* específico–, la imposibilidad de pensarme en mi lengua (confundiendo los dos sentidos de la palabra) implicaba también la imposibilidad de dar con una *práctica significativa* que poblara el vacío de mi indecibilidad⁸.

nes, pasiones y deseos que construyen un modo de ser en el mundo. Una disposición para la agencia, pero también para la pasión. Pero también quiero recoger aquí la otra significación más antigua de *ἦθος* (*êthos*) que equivale a “morada”, “vivien-
da”, “lugar en el que se vive”, “estancia”, “residencia”. En esta ocasión, y a lo largo de los siguientes escritos, se propone una apropiación tortillera de la ética, una resignificación de la misma desde una mirada tortillera y de la disidencia sexual sudaca que la entiende en la senda del *êthos*, es decir, como la interrogación de un modo de ser y de habitar, residir y resistir en el mundo. Cabe señalar que la idea de una “ética lesbiana” (*Lesbian Ethics*) fue acuñada por Sarah Lucia Hoagland, en su texto *Lesbian Ethics. Toward New Value*, California, Institute of Lesbian Studies, 1945.

8. Según Derrida hay dos sentidos del término “lengua” en los que se juega nuestra condición de extranjería: i. un *sentido amplio* que remite al conjunto de la cultura, los valores, las normas y significaciones que habitan la lengua, aquí es donde está en juego un *êthos* en general, y ii. un *sentido estricto* que refiere al idioma discursivo. Cf. Derrida, J., *La hospitalidad*, Bs. As., Eds de la Flor, 2000, pp. 131-133.

Para llegar a pensar, amar y reivindicar esa condición extranjera deseosa de nuevas lenguas, para posicionarse como lesbiana y construir un *êthos*-lésbico, para que ello fuera posible en mi propio camino político, personal e intelectual; se requirió tiempo, reflexión, compañerxs, puestas en común, y, entre otras cosas, una miríada de epístolas. Necesité conocer la palabra, la categoría, y también su inestabilidad y contingencia. Fue necesario articular un lenguaje que desplazara el vacío y el silencio experimentado en el modo del exilio.

En esta ocasión, quisiera reflexionar e inquirir sobre el rol ético y políticamente estratégico de posicionarse como **mujer-lesbiana-feminista en el espacio académico**. Desterrando entonces cualquier esencialización o sustancialización de dicha auto-lesbo-identificación, me propongo alumbrar algunas de las tramas que rompen la lógica binaria que contrapone lo personal a lo político, el adentro al afuera, la “burbuja de cristal” a la realidad, la ficción a lo real, la academia al activismo y el amor a la investigación.

i. Estrategias contaminantes: instantes y azares en la conformación de nuestras investigaciones.

“Hay, pues, un soliloquio de la razón y una soledad de la luz. [...] Vieja amistad oculta entre la luz y el poder, vieja complicidad entre la objetividad teórica y la posesión técnico-político”.

J. Derrida, “Violencia y metafísica”⁹

La lógica dual discurre, usualmente, por la vía inmunitaria que pretende delimitar esferas de competencia y prevenir la contaminación de las mismas. Así, la docta academia intenta expulsar de sus solemnes teorizaciones la contingencia de los cuerpos que encarnan las ficciones, significaciones y silencios que, entre otras instancias, ella misma elabora o (re) produce. Para evitar dicho contagio, no sólo se han levantado grandes edificios teóricos, sino que también se han instalado ciertos usos y costumbres, cierto *êthos*, deberíamos decir. Estos modos de actuar y conducirse en el espacio académico regulan qué es pertinente y qué no en cada contexto, qué debe ser dicho y explicitado, y qué debe ser callado. Y si hay algo que me ha quedado muy en claro luego de unos cuantos años de academia, es que de lo personal no

9. Derrida, J., “Violencia y metafísica” en *La escritura y la diferencia*, trad. P. Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989.

sólo no se puede teorizar (al menos no “seriamente”), sino que la teoría no es, *no puede ser*, personal, si es que quiere ser una “buena teoría” (es decir, una investigación teórica legitimada como tal).

Como filósofa (yo provengo de la carrera de Filosofía) es necesario respetar la distancia que media entre la abstracción teórica y la *empiria*. O, como diría el padre de nuestro *lógos* filosófico, hay que distinguir al *Eidos* de los cuerpos sensibles, a la *episteme* de la *doxa*, al sabio del “vulgo”. Para desanudar estas oposiciones, o para anudar de manera contaminante los pares de opuestos que convierten al cuerpo situado, amante y contingente en un extranjero para la filosofía académica y la “alta teoría”, quisiera comenzar reflexionando sobre las estrategias y los azares que hacen posible la irrupción del erotismo de los cuerpos y del deseo de las lenguas en la academia, en nuestras prácticas docentes, nuestros pensamientos, modos de trabajar en equipo, e incluso, planes de investigación. Pero no me voy a extender, al menos aquí, en la erótica de la investigación. Tampoco voy a reproducir ningún otro intercambio amatorio o amoroso, aún cuando no dejaré nunca de hablar de amores y modos de amar. Y como si se tratase aquí de romper con un supuesto tono romántico, les voy a leer otro pasaje de una misiva que llegase, el año pasado, a mi casilla de correos:

“Por todo lo anterior, esta comisión propone el ingreso a la CIC de Virginia Cano como investigadora asistente” (Dictamen de la comisión asesora del CONICET)

Donde el “por todo lo anterior” remite a una serie, muy bien cuantificada (mas no necesariamente bien cualificada), de antecedentes académicos. Se los enumero: 1) “Formación académica de grado y posgrado” (yo soy doctora en Filosofía –me recibí con una tesis que giraba en torno al pensamiento nietzscheano– financiada por el propio CONICET), 2) “Producción científico tecnológica” (aquí se detallan los artículos publicados, si éstos poseen o no referato, los trabajos en eventos de ciencia y técnica –como el presente– que se sintetizan en un cuadro de doble entrada. Un texto bastante lejano a una carta de amor, debería decir. Y sin embargo...), 3) “Plan de investigación” (el cual, según mi nada erótico evaluador, “está bien diseñado y es sólido en sus fundamentos”), 4) “Formación de recursos humanos”, 5) “Participación de reuniones científicas, cursos de perfeccionamiento y pasantías”, 6) “Tareas docentes”, y 7) “Otra información relevante” (momento casi “borgeano” de la taxonomía, o la confesión de su arbitrariedad e insuficiencia). En base a estos criterios, el “Directorio del CONICET” avala el dictamen de la “Junta de calificación y promoción”, quien “en coincidencia con el dictamen de la Comisión asesora” recomienda la aprobación del plan de trabajo titulado: *Vita Femina*: el pensa-

miento nietzscheano de la subjetividad y la teoría del género como performatividad en Judith Butler”. El título está, efectivamente, “bien diseñado”. Mi evaluador tiene razón. En él se esconde el intento por articular las dos líneas genealógicas que trazan mi posición como académica, o mejor dicho, como militante-académica e investigadora-lesbiana. En los dos nombres de autoridad (legibles y legitimables para el *canon* de mi disciplina) que encierra el plan –Nietzsche y Butler– está inscripta mi auto-biografía intelectual, filosófica, y también –¿cómo no decirlo?– amorosa. Por un lado, mi formación en filosofía teórica, específicamente en metafísica, y puntualmente en la aproximación crítica que el pensamiento nietzscheano ha elaborado de la misma; y por el otro, mi (tardíamente adquirida, y en continuo proceso) formación feminista y en teoría *queer*¹⁰.

10. La denominación obedece a fines meramente comunicativos, en la medida en que remite a un *corpus* de lecturas académicas que se han congregado bajo el rótulo de “teoría *queer*”. Queda en pie la tarea de reflexionar sobre lo insuficiente y complicado de dicha nominación, así como del (idiomático) sesgo colonial que implica aceptarla sin una reflexión crítica y apropiadora. Cf. flores, v., “Escrituras cuir. El texto bastardo” en *Interrucciones. Ensayos de poética activista*, Neuquén, La Mondonga Dark, 2013; Rivas, F., “Diga ‘*queer*’ con la lengua afuera. Sobre las confusiones del debate latinoamericano” en CUDS (Editorxs), *Por un feminismo sin mujeres*, Chile, Territorios sexuales, 2011, y Cano, V., “Todo lo que siempre quisiste saber sobre teoría *queer* y no te animaste a preguntar: Entrevista a

De allí que, en este intento por articular las anomalías de mi (im)propia formación, el plan haya tenido que articular dos ejes que pasaron a constituir una suma de datos académicos y antecedentes en investigación que no puede dar cuenta de las intensidades, los amores, los encuentros amistosos y los azares que la han hecho posible. Las máscaras de Nietzsche y Butler encubren algunos de los caminos, pero también de las ausencias, que me ha tocado recorrer en los pasillos universitarios. Yo me pasé casi toda la vida leyendo a filósofos y pensadores varones (para cuya mayoría, cuestiones como la diferencia de género, la diversidad sexual, la “heteronormatividad” y la maternidad obligatoria –por mencionar sólo algunas– no eran siquiera temas de “relevancia filosófica”). En mi carrera de grado, si leí una decena de filósofas mujeres fue mucho (y lo digo literalmente). Ni qué decir de pensadoras lesbianas. Afortunadamente, sí tuve referentes intelectuales mujeres. Conocí docentes que son maravillosas pensadoras. Mónica Cragolini fue la persona que me formó –e inspiró. A ella le debo el haberme enseñado a dudar, a preguntar, a inquirir el horizonte de lo posible con la esperanza de volver habitables los desiertos y los exilios. Fue mi primera formación feminista (aunque yo no lo supiese en el momento) en la medida en que abrió para mí un camino de pensamiento crítico y expectante de mundos nuevos. Luego,

Virginia Cano”, en *400 golpes. Revista de Filosofía*, N°2, Año 2, 2013.

al final de mi doctorado, decidí tomar un seminario del área de género. Lo hice “de gusto”, porque se me daba la gana (no necesitaba los créditos.). Lo dictó Ma. Luisa Femenías. Una de las primeras mujeres que yo recuerdo presentarse como feminista en un curso al que yo asistiera en la UBA. Ella, y el mundo de lecturas nuevas al que me introdujo (en ese seminario leí a Delphy, Butler, Spivak, Amorós, entre otras), terminaron de articular –o más bien abrieron– mi horizonte problemático, así como mi deseo intelectual y reflexivo. Apuntaron un camino que, en la formación y *êthos* mayoritario de la academia, transitaba los carriles del margen, de esa extranjería que balbuceaba cuando empezaba a pensar mi propia disidencia sexual en otra lengua.

De allí que considere relevante mi posicionamiento como feminista y lesbiana en esas mismas aulas en las que me formé. Si decido estar en la academia, es justamente porque creo que forma muchas cosas, pero no precisamente investigadores, educadores, o académicos feministas, disidentes o siquiera con una formación particularmente permeada por las perspectivas (y sensibilidades) feministas o hetero-disidentes. Y de acá salen no sólo las personas que arman programas de materias en las universidades (como los que invisibilizaron, entre otrxs, a las pensadoras mujeres y lesbianas en las currículas con las que yo me formé), sino también educadores de la escuela media, de terciarios, y demás instituciones

educativas. Aquí se forman algunos de los especialistas cuya voz será legitimada en los medios de comunicación, los que publicarán en revistas académicas y consolidarán (o no) un canon y una genealogía del pensamiento (local e internacional) hegemónicamente viril, heterosexual y blanco. En la academia se negocian los saberes que serán legitimados, y aquellos que pasarán al horizonte de lo que Foucault denominó “saberes sometidos”¹¹. Aquí se producen subjetividades y *êthos* específicos que permean los valores, significaciones y principios de inteligibili-

11. “Y por saber sometido entiendo dos cosas. Por una parte, quiero designar, en suma, contenidos históricos que fueron sepultados, enmascarados en coherencias funcionales o sistematizaciones formales. [...] Con esa expresión me refiero, igualmente, a toda una serie de saberes que estaban descalificados como saberes no conceptuales, como saberes insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, saberes jerárquicamente inferiores, saberes por debajo del nivel del conocimiento o de la científicidad exigidos. Y por la reaparición de esos saberes de abajo, de esos saberes no calificados y hasta descalificados: [...] ese saber que yo llamaría, si lo prefieren, saber de la gente (y que no es en absoluto un saber común, un buen sentido, sino, al contrario, un saber popular, un saber local, regional, un saber diferencial, incapaz de unanimidad y que sólo debe su fuerza al filo que opone a todos los que lo rodean), por la reaparición de esos saberes locales de la gente, de esos saberes descalificados, se hace la crítica.” Foucault, M., *Defender la sociedad*, Bs. As., FCE, 2000, “Clase del 7 de enero de 1976”, p. 21.

dad de nuestra cultura. Aquí tenemos la posibilidad de discutir y negociar no sólo los saberes, sino también los modos de pensar la vinculación entre ellos y los sujetos que los re-producen, enseñan, critican y transforman. Y sin embargo, la relación entre academia y teoría no siempre ha sido fluida. De allí que pregunte: ¿acaso la academia es un espacio extranjero para la militancia? ¿Hablan lenguas distintas? Y más aún, ¿es posible una militancia académica?

ii. *Amores estratégicos: esbozos de una política académica de la disidencia sexual.*

“No siempre nos enfrentamos con intentos directos y coercitivos de controlar lo que hacemos en la cama, pero constantemente se nos amenaza con borrarlos de los campos discursivos donde funciona la naturalización de las normas sexuales y de género. Hacerse visible frente a los ordenamientos discursivos/institucionales que nos vuelven impensables, invisibles o imposibles, no significa ahogar las diferencias internas inevitables, las heterogeneidades irreductibles.”

valeria flores, *Notas lesbianas. Reflexiones sobre la disidencia sexual.*

Entonces me pregunto ¿cómo no ser una lesbiana-mujer-feminista en el espacio de la academia? ¿Cómo no decirlo? ¿Cómo no decirme? ¿Cómo no hablar desde –y por– la inteligibilidad y viabilidad de dicho posicionamiento? ¿Cómo no pensar que este es un punto de tráfico fértil que no debemos abandonar en las manos de la pretendida “objetividad teórica” que le hace el juego a las tecnologías del saber y la producción de subjetividades? ¿Cómo no hacer frente a la heteronormatividad, la misoginia y las ansias de “asepsia teórica” en un espacio en el que se negocian algunos de los claro-oscuros por los que transitan nuestros modos de vida, de amar, de desear? ¿Cómo no reconocer que en

la academia también se juega la violencia de la luz y la silenciosa oscuridad? Y aún así, identificarse como lesbiana-militante-académica en algunos ámbitos de activismo LGTB puede asemejarse a un pequeño *revival* de la salida del closet.

Según Nelly Richard, “[e]xiste politicidad, ahí donde operan codificaciones de poder susceptibles de ser interrumpidas y desviadas mediante actos críticos de oposición que subviertan sus jerarquías de valor y distinción, sus normas autoritarias y sus totalizaciones represivas. Esto quiere decir que el “adentro” de las instituciones universitarias –un adentro situado bajo el dominio de los sistemas de control y vigilancia del poder/saber constituido e instituido académicamente– es tan político como su “afuera”, aunque habitualmente no lo crean así ni el feminismo militante ni el activismo gay.”¹² Es necesario tomar posición e intervenir en este entramado de poder, así como es necesario revolucionar las calles, las casas y las camas. Es vital implosionar los sistemas de control, vigilancia y re-producción del saber-poder desde dentro, pues han sido ellos mismos los que han cimentado una lógica dual que no sólo opone el adentro y el afuera, la razón y el cuerpo, lo político y

12. Richard, N., “Postfacio/Deseos de... ¿Qué es un territorio de intervención política?” en Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (eds), *Por un Feminismo sin Mujeres*, Op. Cit., p. 159.

la militancia, sino que también nos ha dejado, a nosotras las lesbianas y a las mujeres (digámoslo nuevamente, entre otrxs) por fuera de los muros de la academia, en el extranjero, hablando (eso pretenden, y nosotras también) otra lengua, otro *êthos*.

Sí, soy lesbiana, militante, académica. Elijo las aulas en vez de los pasillos. Las palabras en lugar de los grafitis. Y aquí, nuevamente, hay mucho de amor, de deseo, y también de estrategia y de trabajo.

Si bien comparto con J. Butler –entre otras– la preocupación frente a las categorías de identidad¹³, reivindico –también junto a ella– su apropiación como instancias provisorias y contingentes de agenciamiento colectivo. Situarnos como sujetos de pensamiento y reflexión teórica, asumiendo posicionamientos provisorios, revisables y estratégicos, nos fuerza no sólo a socavar cualquier instancia que pretenda regular de modo universal y definitivo los modos de pen-

13. Cf. Butler, J., “Imitación e insubordinación de género” en *Revista de Occidente*, N° 235, Diciembre de 2000. Especialmente el apartado: “¿Teorizar como lesbiana?”. Es también la filósofa norteamericana quien insistirá en la importancia, potencia y riesgos éticos (y políticos) de dar cuenta de sí mismx. Cf. Butler, J., *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, trad. H. Pons, Bs. As. Amorrortu, 2009.

sar(nos) y organizar(nos) los cuerpos, sino que es también uno de las maneras más directas de recordar(nos) el carácter contingente y falible de cualquier posición de enunciación y pensamiento.

Posicionarme como mujer-lesbiana constituye un espacio de articulación entre lo público y lo privado, entre la investigación y la epístola amorosa, entre el pensamiento y la experiencia¹⁴. Es la palabra que intenta alumbrar un lugar inquietante y huidizo que nos recuerde lo limitado, lo sesgado, y aún así significativo, de todo punto de vista (o categoría). Es, en dicha inestabilidad amorosa, expresión de la contingencia del pensar. Del filosofar. Del decir, y también del callar.

Si tuviera que decir cómo elegí el tema que investigo, y por qué me presento como una lesbiana que milita en la academia, diría que hay mucho de amor en ello (de amores primeros, como mi romance – nunca acabado– con Nietzsche, de amores personales y encarnados, de amores impertinentes, como el que implicase el ingreso a mi vida de la teoría feminista y el pensamiento de la disidencia sexual.). Pero

14. Para un desarrollo del posicionamiento como estrategia política, flores propone una “política de la localización”. Ver flores, v., “La maestra tiene novia: hacia una erótica del saber” y “Labrys: el doble filo de la identidad” en *Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual*, Rosario, Hipólita Ediciones, 2005.

también diría que representa para mí un deseo, un impulso erótico, una búsqueda de una nueva lengua, de un nuevo *êthos*. Es la posibilidad de articular una primera persona del plural, un “nosotras” inestable, un nosotrxs siempre abierto y en cuestión. Sí, soy una académica lesbiana. Una lesbiana profesora. Una militante lesbiana. Una feminista lesbiana. Una investigadora lesbiana.

El exilio no es sólo vacío y silencio, es también la ocasión de re-inventar mundos, lenguas, ficciones. Puede ser la oportunidad de celebrar nuevas voces. Habitar el propio exilio es, si somos dichosxs, poblarlo de un sentido nuevo, de una palabra que desafíe la inequidad de la inteligibilidad y la realidad. Es transformar un “silencio canibal”¹⁵ en la voz viva de un nosotras.

15. Corbalán, M., “El silencio canibal” en *Primera Celebración de las Amantes. Jornada de orgullo y disidencia lesbiana*, organizada por Coca Gavrila, fabi tron, María Luisa Peralta, Gabriela Adelshtein y vale flores, Córdoba, 5, 6 y 7 de abril de 2012. Disponible en el Archivo digitalizado del activismo lésbico: *Potencia tortillera* (ideado y producido por las mismas cinco activistas de la Primera celebración de las amantes): <http://potenciatortillera.blogspot.com.ar>. Muchos de los materiales utilizados en estos escritos surgen de dicho archivo tortillero.

2. Torteando la producción del saber (académico)

I. “Fragmentos pornográficos: esbozos de una (est)ética tortillera”¹⁶

a c., por jugar conmigo al juego de las amantes.

“Figura 2: Lesbiana. Aquella que vive en un pueblo de amantes, aquella cuyo interés se dirige en primer término a sus amantes, aquella que siente un deseo violento por sus amantes, aquella que 'no vive en el desierto', que no está 'perdida'.”

M. Wittig y S. Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*¹⁷

i. Doctas coordinadas: Sexualidades tortilleras y (est)ética pornográfica.

En primer lugar, lo que quisiera decirles es que yo no sé latín. Y aún así, me voy a animar a citar la definición etimológica del adjetivo “docto-docta”. Dice la vigésima

16. El presente texto fue presentado en la mesa: “Diversidad sexo-afectiva” en el marco de las *Sexualidades Doctas 2: “Los cuerpos en la mira”*, organizado por el Grupo de investigación “Haciendo cuerpos. Biopolítica y gestión de vidas humanas”, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 6 y 7 de Junio de 2013.

17. Wittig, M y Zeig, S., *Borrador para un diccionario de las amantes*, trad. C. Peri Rosi, Barcelona, Editorial Lumen, 1981.

segunda edición del *Diccionario de la Real Academia de la lengua española*:

“docto, ta.

(Del lat. *doctus*, part. pas. de *docēre*, enseñar).

1. adj. Que a fuerza de estudios ha adquirido más conocimientos que los comunes u ordinarios. U. t. c. s.”

Algo muy similar leemos en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner: “(Del lat. “doctus”, partic. de “docere”; v. “Doc-, docente, dócil”. Adj.; “en”) Sabio”. Se aplica a la persona que ha aprendido muchas cosas o mucho de cierta cosa mediante el estudio”. Entonces, me pregunto, ¿qué serían éstas sexualidades doctas que aquí nos convocan? Y más aún, ¿cómo hablar(les) en este marco de las “(Segundas) Sexualidades Doctas”? Una primera respuesta, claramente apresurada, sería responder que lo que hacemos aquí, hoy y mañana, es abocarnos al estudio de la sexualidad. En ese caso, uds y yo, nos reuniríamos para hablar de la sexualidad en tanto objeto de estudio y de conocimiento, respecto de la cual habríamos adquirido la capacidad de enseñanza, o al menos, de reflexión teórica. Eso, por su parte, me convertiría a mí en una sabia en materia de sexualidad. Pero, digámoslo de una vez, este –probablemente– no es el caso de ningunx de nosotrxs.

Claramente, aquí no venimos a enseñar sexualidad(es). Y aún así, intentaremos discurrir, poner en dis-

curso, en palabras y graffías, dichas sexualidades. Este evento, organizado por el grupo: “Haciendo cuerpos. Biopolítica y gestión de vidas humanas”, tiene por intención expresa (e impresa) “hacer foco en aquellos cuerpos y subjetividades en pugna que se debaten por el reconocimiento legal, social y político.”¹⁸ Entonces, es necesario repreguntar: ¿Cómo hablar, cómo hablarles aquí, hoy, en el decurso de estas sexualidades doctas? E incluso, ¿cómo *no* hacerlo? ¿Cómo *no* hablar de nuestras sexualidades? ¿De nuestra (im)propia sexualidad? En primer lugar, lo que quiero hacer en esta presentación es agradecer, y por tanto ser hospitalaria con, la invitación que me han extendido para participar en este evento (y esta invitación me llegó de la mano de Andrea Lacombe, con quien me unen múltiples coordenadas y proyectos en los que lo personal, lo académico, la amistad, la militancia y el lesbianismo se entrecruzan). Y para agradecer esta invitación, para honrar la presente acogida y los vínculos personales, políticos y militantes que me unen a la misma, voy a intentar pensar este cruce desde la perspectiva propuestas por el coloquio presente. Es decir, intentando “afianzar el contacto entre los equipos de investigación, [los] espacios de activismo y [la] producción

18. Reproduzco aquí un pasaje del cronograma-programa de las presentes “Sexualidades Doctas: Cuerpos en la mira”

intelectual no académica...”¹⁹. Para ello, y situando mi inscripción en estas sexualidades doctas, intentaré esbozar una narración lésbica que centrará su foco en dos de las prácticas que hacen nuestros cuerpos y producen nuestro “modo de ser” (para usar la caracterización aristotélica del *êthos*): 1) la práctica amatoria (o nuestras prácticas sexuales) y 2) la práctica escritural (o la escritura de nuestras prácticas amatorias)

El devenir escritura, *grafía*, de la sexualidad lesbiana me permitirá entrecruzar el deseo de los cuerpos con el deseo de palabras, e incluso con el deseo de teoría. La tortillera docta que he llegado a ser (mis amigas me dicen de manera risueña: “doctorta” señalando ese lugar en el que la palabra y el lesbianismo, así como mi inscripción académico-militante, se conjugan), la doctor(t)a, entonces, será aquella que intentará (des)hacer(se) en estas páginas que voy a leer a continuación. Mi objetivo, mi deseo: esbozar una posible, fragmentaria y pornográfica (est)ética tortillera.

19. *Idem.*

ii. *Ars erótica: fragmentos de una (est)ética
porno-lesbo-gráfica*

“Desmontar las representaciones acerca de las lesbianas que sostienen la ignorancia sistemática de una práctica erótico/sexual entre mujeres, es un interesante ejercicio teórico y político que contribuiría a combatir la heterosexualidad obligatoria, o como la concibe Butler, la matriz heterosexual.”

valeria flores, *Notas lesbianas. Reflexiones sobre la disidencia sexual.*

Los esbozos de la presente (est)ética²⁰ tortillera recogen tres inspiraciones (tres modos de pensar, por su parte, el relato y la narración erótico-amatoria): i) En primer lugar, recuperan la idea de *ars erótica* foucaultiana, a partir de la cual pensaré la narración de los ejercicios amatorios lesbianos en el modo de una

20. Foucault es quien en una re-lectura de la ética aristotélica (y greco-romana en general) vincula la estética a la ética a través de un análisis de las “artes de la existencia” y las “tecnologías del sí mismo” que toman al yo, y a la constitución de un carácter moral, como una tarea y un ejercicio que los sujetos realizan consigo mismo, y en relación con lxs otrxs. Cf. Foucault, M., *Historia de la sexualidad. II. El uso de los placeres*, trad. M. Soler, Bs As, Siglo XXI, 1996; *Historia de la sexualidad. III. La inquietud de sí*, trad. T. Segovia, México, Siglo XXI, 1990, y *La hermenéutica del sujeto*, Bs. As., FCE, 2006 (entre otros textos).

ars lesbiana, que se distancia de cualquier voluntad de verdad que intente inscribir el discurso de la(s) sexualidad(es) lesbiana(s) en el campo de la *scientia sexualis*. ii) En segundo término, se inspiran en la propuesta de R. Barthes de construir un discurso amoroso a partir de fragmentos –y no en el modo lineal-argumentativo “clásico”. Hago mía entonces esta propuesta fragmentaria, no sistemática, según la cual es posible desplegar un discurso amoroso (y también amoroso) compuesto de retazos pornográficos. iii) Por último, estos trazos recogen la senda abierta por la *ética marica* de Paco Vidarte, que me convoca a proponer aquí una (posible) *ética tortillera*. Asentada no en la comodidad de los universalismos, para decirlo con “la marica” española, sino en la tarea y la lucha “de inventarnos un nosotros”, o más bien, un “nosotr@s” desde el que narrarnos y resistir.

ii.a. ¿Cómo (no) hablar? *Ars* lesbiana
y *Scientia Sexualis*

La *Scientia Sexualis*, sostiene Foucault en la *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, ha “desarrollado durante siglos, para decir la verdad del sexo, procedimientos que en lo esencial corresponden a una forma de saber rigurosamente opuesta al arte de las iniciaciones y al secreto magistral: (... a saber) la

confesión²¹. El presente discurso, en caso de inspirarse en esta ciencia confesional, buscaría cifrar en el relato lésbico, *ie*, en la puesta en discurso de la sexualidad lesbiana, un verdad sobre el sexo (y el cuerpo) lesbiano. Según explica el francés, la *Scientia* sexual utiliza el mecanismo de la confesión (de la confesión de “la verdad” de sí, de nuestros actos, de nuestros deseos, de nuestros placeres, e incluso de nosotrxs mismxs) y desarrolla una tecnología de individualización funcional a la organización biopolítica (y normalizante) de nuestros comportamientos, deseos, cuerpos y placeres. “Desde la penitencia cristiana hasta hoy, el sexo fue tema privilegiado de confesión.”²² La verdad y el sexo se ligan en la confesión, en este discurso propio del espíritu científico que se construye en torno al mito (y la búsqueda) de “la verdad”. Aquí rige la “voluntad de saber” característica del dispositivo de la sexualidad. Foucault dirá incluso que la ciencia *sexualis* construye un saber, un discurso, en torno a la verdad del sexo, y la verdad de sí, como un modo de organizar y producir nuestros cuerpos, y nuestras identidades, nuestras individualizaciones.

Entonces, ¿cómo desarrollar un discurso erótico lésbico sin escribir una nueva página de la scientia

21. Foucault, M., *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, trad. U. Guiñazú, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 73.

22. *Ibid*, p. 77.

sexualis, preocupada por obtener la verdad del sexo tortillero? ¿Cómo poner en discurso la sexualidad torta sin perseguir (o enmascararse bajo la fantasía de) “la verdad”, la “verdad del sexo lesbiano” o la “lesbiana verdadera”? ¿Cómo desplegar una escritura sobre el sexo y la sexualidad tortillera sin contribuir al desarrollo de una *Scientia* lésbica? Pues bien, el mismo Foucault nos dará una pista para sortear esta trampa. Frente a la *Scientia sexualis*, señala la existencia (ajena al mundo occidental) de una *ars* erótica, de un discurso que no se centra en la verdad del sexo, ni establece –por tanto– una ley para dicha sexualidad:

“En el arte erótico, la verdad es extraída del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia; el placer no es tomado en cuenta en relación con una ley absoluta de lo permitido y lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino que, primero y ante todo en relación consigo mismo, debe ser conocido como placer, por lo tanto según su intensidad, su calidad específica, su duración, sus reverberaciones en el cuerpo y en el alma. Más aún: ese saber debe ser revertido sobre la práctica sexual, para trabajarla desde el interior y ampliar su efectos.”²³

23. Ibid., p. 72.

En ese sentido, lo que me propongo es discurrir sobre la sexualidad lésbica en la modalidad de la *ars* erótica, buscando extraer “su verdad del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia”. Dicha verdad será una “no-verdad”, en tanto intentará eludir la voluntad de (saber) determinar “la” verdad del sexo lesbiano, focalizándose –por el contrario– en la manera en que usamos nuestros cuerpos, y en el que sus placeres moldean nuestros cuerpos. Sobre lo que versará, entonces, este intento de *ars* lesbiano será sobre la inscripción de nuestros modos amatorios, en los cuales se (des)hace el *corpus* lesbiano que ha de reverberar en nuestros encuentros, nuestras almas, y nuestros textos.

Pero, entonces, ¿cómo cogemos las lesbianas? ¿Cómo nos ejercitamos en el arte de la amatoria? ¿Cogemos de alg(ún) modo específico, distintivo o singular? ¿Cuál es la cualidad tortillera de nuestra sexualidad? ¿Las lesbianas solo cogemos entre lesbianas? Y entonces, ¿qué es una lesbiana? ¿quién es una lesbiana? La verdad es que es imposible para mí contestar estas preguntas. Y declinaría cualquier narración que diera, de alguna manera, “una respuesta”, una narración o ley única, a dichas cuestiones. Me rehúso a jugar ese juego (de poder, de saber, de subjetivación). Declino al juego de la verdad (del sexo, del lesbianismo, del amor, del encuentro). Y sin embargo, no estoy dispuesta a declinar la pregunta que interroga por los

modos en que las lesbianas cogemos, escribimos, y –más específicamente– narramos nuestra(s) sexualidad(es). Quiero preguntar, escribir, e inscribir algunos de las modalidades en que se fragmenta y (des)hace *un corpus* lesbiano.

ii. b. *Dis-cursus* tortillero: figuraciones
porno-lesbo-gráficas.

Para pensar el arte y la erótica lesbiana más allá de la voluntad de verdad (y la lógica de la confesión), y ubicándome así a distancia de la “tarea de proseguir discursos verdaderos sobre el sexo, ajustando, no sin trabajo, el antiguo procedimiento de la confesión a las reglas del discurso científico”,²⁴ propongo esbozar una ética-estética tortillera a partir de la incorporación de dos fragmentos pornográficos, *ie*, de dos escritos que surgen de la puesta en palabra de mi (im)propia sexualidad, o más puntualmente, del devenir textos de un encuentro amoroso entre lesbianas.

Ahora bien, si como dice Paco Vidarte “ya nadie anda buscando esencias homosexuales en la medicina, la embriología, la genética, la biología, la paleontología, la etología, la psicología ni hostias.”²⁵, y aquí

24. Ibid, p. 85.

25. Vidarte, P, *Ética marica. Proclamas libertarias para una*

no intentaré hacer nada de eso, la idea de recurrir a retazos de sexo-escrituras lesbianas me permitirá pensar la ética tortillera desde las prácticas amatorias, es decir, desde los ejercicios sexo-escriturales en los que (se) (des)hacen nuestros cuerpos tortilleros. La *ars* lesbiana se traducirá en un *dis-cursus* auto-hetero-porno-gráfico. Y entiendo por *dis-cursus* lo que Barthes en sus (im)propias reflexiones amorosas:

*“Dis-cursus es, originalmente, la acción de correr aquí y allá, son idas y venidas, 'andanzas', 'intrigas'... Se puede llamar a estos retazos de discursos figuras. La palabra no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; en suma, en el sentido griego: *squema* no es el 'esquema'; es, de una manera mucho más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción, y no contemplado en reposo: el cuerpo de los atletas, de los oradores, de las estatuas: lo que es imposible movilizar del cuerpo tenso.”*²⁶

A continuación, les ofrezco un breve *dis-cursus* tortillero, compuesto de dos figuras que intentan poner en palabras el gesto reverberante del cuerpo, el alma y el texto de dos amantes lesbianas. Coreografía de

militancia LGTBQ, Madrid, Egales, 2007, p. 54.

26. Barthes, R., *Fragmentos de un discurso amoroso*, trad. E. Molina, México, Siglo XXI, 1999, p. 13.

palabras que intentan sorprender el *corpus* lesbiano en movimiento, en tensión, abierto a su gimnasia, a su ejercicio y experimentación. Dispongo –y expongo– en lo sucesivo dos fragmentos (wittigeanos) de mi (im)propio discurso amoroso-amatorio, de aquel que emerge entre la que coge y la que escribe, y que intentan esbozar una est/ética tortillera en el modo de una *ars* lesbiana.

*Ex-cursus 1. Primera figura/fragmento (wittigeano):
Cuerpo.Otro. 22/6/2012.*

“Guerras de amor (Las)

Son las únicas guerras que tienen algún placer. Cuando dos amantes deciden emprender una guerra de amor, se conceden autorización mutua para desenvolver toda la crueldad y la delicadeza de que son capaces. Las guerras de amor se desarrollan a la manera de epopeyas. Las amantes deben encontrar los puntos de ataque, de encuentro, los momentos de tregua o de asalto, las noches de vigilia. Deben hallar las modalidades de su guerra, su intensidad, su amplitud. En algunos casos la guerra de amor se limita a un asalto de gentileza donde una rivaliza con la otra. El objetivo de las guerras del amor parece ser sorprender, asombrar, azorar, confundir a la amante, turbarla con precisión. Permiten desarrollar la tensión inherente al estado de amor en el campo del

juego y de la diversión. Sólo cuando las amantes experimentan una gran confianza mutua, pueden tener lugar las guerras del amor. La crueldad de esta especie de combate puede compararse a la pasión que ponen en el juego las pequeñas amantes. Los juegos de las pequeñas amazonas, al igual que las guerras de amor, nunca son trágicos. Por esto se las llama las guerras felices.”

M. Wittig y S. Zeig,

Borrador para un diccionario de las amantes.

Nuestros encuentros tienen mucho de las guerras de las amantes. O al menos así me lo parece. Encuentros guerreros, celebratorios, amorosos, intensos, amplios. Llenos de treguas y asaltos, con un deleite exquisito y una delicadeza aguerrida no exenta de crueldad. Encuentros lúdicos, confidentes, divertidos, tensionantes, como los juegos de las pequeñas amazonas.

Me asombro en cada contienda amatoria, incluso al nivel de la (mas)turbación. Me sorprende del cuerpo (lesbiano) que se arma y desarma, “un solo (y otro) cuerpo”, burlón de temporalidades y monotonías. Un cuerpo (amante,) (des)hecho de contorneos, jadeos, olores, pezones, textos, pieles, brazos, palabras, manos, puños, gemidos, recuerdos, piernas, sudores y fluidos.

Encuentros aguerridos surgidos de una confianza mutua que anuncia, en su timidez, una posibilidad incierta, preñada, potente. “Sólo cuando las amantes

experimentan una gran confianza mutua, pueden tener lugar las guerras del amor”. Porque esa confianza, pienso, es como nuestro cuerpo-otro, el que construimos juntas, en la intensidad de nuestro(s) cuerpo(s), de nuestros juegos, de nuestros deseos y temores.

La confianza debería ser como las guerras de las amantes, una sorpresa que se forja en el encuentro entre dos que tensionan las distancias indeclinables. Una confianza otra, con su (im)propia modalidad, y en permanente recreación.

Un cuerpo amante, guerrero, común, inacabado y abierto a su propia recreación.

“Una forma otra, un tiempo otro, un cuerpo otro”.

Un.texto.cuerpo.otro.escrito.a.cuatro.manos.

Ex-cursus 2. Segunda figura/fragmento (wittigeano):
Texto.cuerpo. 18/6/2012.

Hacer (se)

“Las amantes lo emplean en el sentido de transformarse en. Muchas veces, una amante amenaza tiernamente a su amante con pasar al cuerpo de otro animal, cuando sostienen una guerra de amor. Ella le dice, entonces, 'me haré serpiente sobre la tierra', y su amante responde, 'yo me haré gata para asirte sin peligro'. Y continúan así: 'entonces yo me haré pescada bajo la mar', 'y yo me haré nutria para comerte'. Esto se llama una canción de transformaciones. Así como las canciones, existen toda clase de transformaciones.”

M. Wittig y S. Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes.*

Pero hay cierta forma del tiempo en tus cabellos.

Tengo una seguidilla de imágenes, recuerdos y sensaciones que se entretejen en mi cabeza. las luces. el frío. la pista. tu casa. la cama. el cuarto. el calor. los cuadros. tu rostro. tu pelo. las gatas. el sillón. la mesa. el agua. los labios erectos. el baile. el mate. el porro. tus pezones (en) mis dedos. el taxi. tu cola en mis piernas en la pista de baile. el vino. las luces de la pista refléjándose en tus ojos cerrados. las estrellitas del cuadro de Klimt.

la línea que atraviesa la parte baja de tu espalda hasta tu cola. la música. cachorra adolescente. la escalera circular. las amigas.mujeres.las gatas.el gato malo y el de tu hermana. la pizza. el sueño.

cuerpo.s.sexo.s: tengo infinitas imágenes sexuales de tu cuerpo, del mío, del nuestro, el que se arma y desarma ahí, entre las sábanas, en el baño, con los vidrios, en el palco venido a menos de una iglesia travestida de disco queer, con los dedos, las manos, las piernas, las espaldas, las idas y las vueltas, las cercanías y distancias.

ii. *A modo de palabras finales (pero no de cierre):
(Est)ética(s) tortillera(s)*

“La lengua es el órgano genital de la escritura proletaria. Aprendí a pensar con la lengua. El porno-ojo de dios concentra adiposidades en las geografías cautivas de la carne.”

vale flores, *Deslenguada*²⁷

Para cerrar este discurso lésbico-pornográfico, quisiera invocar esa tercera inspiración que constituye Paco Vidarte. Cito nuestra amorosa *Ética marica*:

“(…) creo que es urgente y necesaria una ética particular, una ética Marica, un Ética LGTBQ, una ética que a veces puede ser una estrategia de felicidad, otras de lucha, de resistencia, orgiástica, de reivindicación, de disfrute, de tomar unas cañas. de disimulación, de amenaza, de pasacalles, de uso de nuestros cuerpos, etc”²⁸

Un ética lesbiana, una ética tortillera, es siempre una ética particular. En ella se nos juega nuestro modo de amar, de coger, de encontrarnos, de re-presentarnos,

27. vale, f., *Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje*, Neuquén, Ediciones Ají de Pollo, 2010.

28. Vidarte, P., *Ética marica. Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*, ed. cit., pp. 26.

de ser/hacer un nosotr@s. Estrategia de resistencia, de placer, de exposición de los cuerpos, la est/ética torta también se compone de nuestras trazos porno-gráficos, de la inscripción de nuestros sexos y de nuestros besos. La misma celebra a las amantes que habitan el desierto aguerridas, entrelazadas, transformadas, (des)hechas las unas en y por las otr@s.

Como Paco, yo también me rehúso a saber-me, a saber-n@s, antes del encuentro. Antes del nosotr@s, no hay nada. Es esa comunidad, la comunidad de las amantes insurrectas, la que nos (des)constituye. Nosotras, nos (des)hacemos lesbianas en la comunidad tortillera, en la pertenencia a un colectivo que nos da un lugar para poblar de sentido el desierto. De allí que, si tuviera que responder (una vez más) a la pregunta por la verdad del sexo lesbiano o la verdadera lesbiana, simplemente respondería: no lo sé. Más aún, y parafraseando a Derrida, el secreto de nuestra práctica amorosa es que no hay secreto. En todo caso, hay encuentro, celebración, ejercicios amorosos comunitarios, y cuerpos que se hacen y deshacen iterativamente. Como el sexo. Como el texto.

II. (Des)hechos contractuales: la potencia contra-natural de las lesbianas en Monique Wittig²⁹

“Porque no es ligera empresa el separar lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza actual del hombre y conocer bien un estado que ya no existe, que ha podido no existir, que probablemente no existiría jamás, y del cual, sin embargo, es necesario tener nociones justas para juzgar bien nuestro estado presente.”

J.J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*.

Los contractualistas comprendieron que la hipótesis de un estado de naturaleza limita las condiciones y posibilidades de contratación social. Basta comparar las “descripciones” de dicho estado natural en los textos de Hobbes y Locke para comprender que en

29. La presente ponencia ha sido leída en el marco de las II^o Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos: *Feminismos del siglo XX: desde Kate Millett hasta los debates actuales*, CINIG, Universidad de La Plata, La Plata, 28 al 30 de septiembre de 2011. La misma recoge algunos aspectos del texto de mi autoría: “No se nace lesbiana, se llega a serlo: (re)escrituras del contrato social” en *Labrys. Estudios feministas*, N^o 19, Enero/Junio 2011, Brasil. Dirección electrónica: <http://e-groups.unb.br/ih/his/gefem/labrys19/lesb/virginia.htm>

la supuesta naturaleza –y sus leyes– se especifican las coordenadas básicas sobre las que ha de erigirse el gran leviatán o cuerpo soberano. En este sentido, se puede afirmar que el contrato social encuentra su *katékhon* en las (pretendidas) condiciones iniciales de contratación.

Y este parece ser el punto donde los contractualistas acuerdan con Wittig: la construcción artificial e hipotética de un estado de naturaleza permite explicar, legitimar y validar modos específicos de organización social y política. Es siempre en función de un interés ético-político que se especifica una supuesta naturaleza esencial. ¿Pero qué ocurre si desestimamos no sólo el contrato social heredado sino también su pretendido punto de partido– y limitación? ¿Qué ocurre si a la hora de pactar –o de (re)pactar– no encontramos ni pretendemos instituir ningún estado originario que oficie de base para nuestra contratación? ¿Y qué es intervenir en un pacto (ficticio) que nos ha sido impuesto sin que nuestra voluntad consienta? El objetivo del presente texto se dirige, entonces, a pensar las posibilidades de reinención del contrato social –y de sus re-escrituras– como los testimonios continuos de la muerte de la naturaleza –y el (supuesto) estado originario.

Permítaseme un rodeo y comencemos por especificar algunas notas del planteo político rousseauia-

no. Frente a la pregunta por la desigualdad entre los hombres, el segundo discurso dará una respuesta contundente que no ha dejado de significar un hito, una deuda, y también una tarea, para el pensamiento contemporáneo: la desigualdad entre los seres humanos, la injusticia social, no es producto de ninguna desigualdad natural. Tampoco es parte necesaria de un plan providencial superior, sino que es el resultado (no-necesario) de un pacto injusto:

“Concibo en la especie humana dos clases de desigualdad: una, que llamo natural o física, porque se halla establecida por la naturaleza, y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas del cuerpo y de las cualidades del espíritu o del alma; otra, que se puede llamar *desigualdad* moral o *política*, porque depende de una especie de convención, y que se halla establecida [al menos autorizada, matizaría yo] por el consenso de los hombres. Ésta consiste en los *diferentes privilegios* de que gozan los unos en perjuicio de los otros, como el ser *más ricos*, *más distinguidos*, *más poderosos*, e *incluso el hacerse obedecer*.”³⁰

Desligada de un supuesto origen natural, la injusticia social se presenta como el mal que los seres

30. Rousseau, J. J., *El contrato social*, Barcelona, Altaya, 1984, p. 55. La cursiva es mía.

humanos se han procurado a sí mismos, y que es continuamente legitimado, reproducido y reificado por el primer contrato social. De modo que la enseñanza de Rousseau apunta dos elementos centrales que articulan el puente que puede conducirnos a Wittig. Por un lado, señala el carácter artificial del estado de naturaleza (y a esto apunta el pasaje que elegí como epígrafe). De allí que frente a la ausencia o imposibilidad de dar con un supuesto “origen verdadero” del hombre, sea posible (e incluso requerida) la construcción de un hipotético estado natural (humano). En segundo lugar, se destaca la eficacia que posee un contrato social injusto al que, sin embargo, estamos todos constreñidos y con el cual, incluso, colaboramos. El problema así planteado, será el de la superación de una producida desigualdad social en vías de una organización social más justa. Y este problema, podríamos decir, no es tan diferente del que especificará Wittig:

“Según Rousseau, [señala Wittig,] el contrato social es la suma de una serie de convenciones fundamentales que ‘aunque nunca han sido enunciadas formalmente, están sin embargo implícitas en el hecho de vivir en sociedad. Lo que es especialmente estimulante para mí de lo que dice Rousseau es la existencia real y presente de un *contrato social*: sea cual sea su origen, existe aquí y ahora y, como tal, es susceptible de

ser comprendido y de que actuemos sobre él. Cada firmante del contrato tiene que reafirmarlo en nuevos términos para que siga existiendo.”³¹

Si bien Wittig remite insistentemente al texto rousseaiano *El contrato Social*, cuando piensa dichas convenciones fundamentales, está pensando en un contrato injusto, *ie*, en aquel que Rousseau desarrollase en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Si hay algo que a mi entender queda claro en el planteo de Wittig es que el contrato social que rige nuestra existencia tiene la forma de un pacto injusto heredado en el que se produce una “desigualdad política” (y no natural), “establecida (*al menos autorizada*) por el consenso de los hombres”, generando “diferentes privilegios”, incluso el de “hacerse obedecer”. En el caso de la francesa, dicha desigualdad no remitirá a la opresión resultado de la apropiación ilegítima de la tierra –como lo hiciera Rousseau–, sino a la “apropiación del trabajo de las mujeres”³². Así, “la obligación de la reproducción de la especie que se impone a la mujeres es el sistema de explotación sobre el que se funda económicamente la heterosexualidad”³³

31. Wittig, M., “A propósito del contrato social” en: *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Trad. J. Sáez y P. Vidarte, Madrid, Egales, 2010, p. 64.

32. Wittig, M., “La categoría de sexo” en: *Op. Cit.*, p. 26.

33. *Idem.*

Al igual que el contrato social injusto rousseauneano, Wittig presenta el “contrato heterosexual” desde una óptica económico-política. Dicho pacto social (heterosexual e injusto) instituye, una vez más, una diferencia política, artificial, y por tanto, históricamente producida y contingente. Ahora bien, si el pacto injusto es heteronormativo, lo es en la medida en que se basa en la sumisión y la apropiación de las mujeres por parte de los varones. En el marco de este régimen político, la categoría de sexo (femenino y masculino) representa el pilar en el que se sustenta dicho contrato social. Lejos de corresponderse con una supuesta naturaleza, “la ideología de la diferencia sexual opera en nuestra cultura como un *cesura* [equivalente del “cercamiento” rousseauneano], en la medida en que oculta la oposición que existe en el plano social entre los hombres y las mujeres poniendo a la naturaleza como causa”.³⁴ Nuevamente, la desigualdad entre los hombres (entre varones y mujeres) se presenta como el artificio del decurso histórico, “el producto de la sociedad heterosexual, en la cual los hombres se apropian de la reproducción y la producción de las mujeres [engañándolas para que crean que es suyo, su propiedad], así como de sus personas físicas por medio de un contrato que se llama contrato matrimonial”.³⁵

34. Wittig, M., “La categoría de sexo” en Op. Cit., p. 22.

35. Wittig, M., “La categoría de sexo” en Op. Cit., p. 27.

Wittig acierta un nuevo embate contra una de las sombras de dios más poderosas: la (naturalizada) categoría de sexo. El ocaso de dicha naturalidad, la aceptación de su carácter histórico-epocal, se conjuga con la necesidad de re-pensar, tras un mítico pacto injusto, el consenso fáctico y real que le damos en nuestro aquí y ahora a esa inequidad artificial. Una vez más, nos enfrentamos con la estrategia de la naturalización al servicio de intereses políticos e históricamente determinados. La heterosexualidad es el nombre que reviste el (nuevo) pacto injusto, en el que la separación o cercamiento del que las mujeres han sido objeto, al ser *producidas* como un “grupo natural”, tiene que ser develada como artificial, *ie*, como ideológica, económica y políticamente construida.

Ahora bien, Wittig no sólo recupera la estrategia rousseauneana de denunciar y especificar la existencia de un pacto injusto por la vía de la historización; sino que también reivindica la necesidad y urgencia de re-pensar y re-escribir dicho contrato desigual. Frente a la opción metodológica de Rousseau, a la que podríamos denominar “hipotética” en tanto inventa un mítico estado de naturaleza para legitimar el estado republicano, Wittig renuncia definitivamente al sueño de dar con un fundante estado de naturaleza. Y es que, y en esto parece radicar la lucidez de Wittig, para re-escribir el contrato social, para poder renegociar los términos de organizar la existencia de los

cuerpos, es necesario dinamitar el mito de la naturaleza (femenina). Para deshacernos del contrato social heterosexual, es menester desestimar el estado de naturaleza que el mismo ha proyectado como su origen pleno y seguro.

La existencia lesbiana se presentará, entonces, no sólo como la prueba encarnada de la muerte de la naturaleza, sino que Wittig incluso sostendrá que “por su sola existencia una sociedad lesbiana destruye el hecho artificial (social) que constituye a las mujeres como un ‘grupo natural’”³⁶. Ser lesbiana, según las condiciones de contratación socio-hetero-económicas, la convierte en una “declinante” del contrato social. Ubicándose más allá de la categoría básica del contrato hetero-nómico en el que la mujer está “destinada” a la apropiación del varón, las lesbianas aparecen “desertoras” de la clase mujer. Niegan el pacto injusto, niegan ser mujeres, y por tanto, continúa Wittig, se ubican *más allá* del pacto social. Ya no por debajo, sub-puestas a, la hipó-tesis del ser-mujer-heterosexual, sino más allá de las categorías pilares y binarias que cimientan un contrato injusto. “Así, una lesbiana debe ser cualquier otra cosa, una no-mujer, un no-hombre, un producto de la sociedad y no de la ‘naturaleza’, porque no hay ‘naturaleza’ de la sociedad.”³⁷. Mujer no se

36. Wittig, M., “No se nace mujer” en Op. Cit., p. 31.

37. Wittig, M., “No se nace mujer” en Op. Cit., p. 35.

nace, decía Beauvoir. Y lesbiana tampoco, deberíamos decir nosotros. No se nace lesbiana, se llega a serlo. La lesbiana debe ser “un producto de la sociedad y no de la naturaleza” dice Wittig. Y esto es claro. Si el sujeto lesbiana es el sujeto declinante del pacto social, lo es en función del mismo. El propio pacto injusto marca el territorio femenino y masculina, y crea así las bases (contra)naturales que proyectan el horizonte a-normal, a-social, y anti-natural en el que el sujeto “fallido” lesbiana emerge. A las que declinamos el pacto que nos ata a las funciones *oiko-nómicas* de la reproducción y cuidado de la especie, a las que preferimos renunciar al “mito de la mujer”, se nos coloca necesariamente en el lugar de la transgresión. La creación de una naturaleza es al unísono la creación de lo contra-natural, esto lo explicó muy bien Foucault al recordarnos que el monstruo es en sí mismo, la violación de las leyes naturales y sociales.³⁸ Y es que, podríamos decir, el sueño de la naturaleza produce sus monstruos. Y este lugar monstruoso de doble declinación, de doble transgresión social-natural, es el espacio literario y libertario de la voz y el cuerpo lesbiano.

38. Ver Foucault, M., *Los anormales*, trad. H. Pons, Bs. As, FCE, 2000, “Clase del 22 de enero de 1975”.

Unas palabra finales:

Mientras demolía ídolos a golpes de martillo, Nietzsche sostenía: “Temo que no vayamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática”.³⁹ Por su parte, y en la estela nietzscheana, Wittig no deja de identificar el “gran contrato social” con el lenguaje, y no sólo con el matrimonio. De allí que si el lenguaje-contrato pacta que “mujer” es ser esclava del varón, una opción de resistencia sea justamente declinar el contrato-término “mujer”. Mejor es ser fugitiva, sostenía la francesa. Si el lenguaje es ese pacto (no) original que nos antecede, si en él está contenido el pacto injusto de los géneros y los sexos duales, si en él se encuentran las categorías y conceptos que oprimen nuestra existencia, la punta de lanza puede ser la re-invencción o re-creación gramático-escribital.

La apuesta de Wittig, insisto, es la de la declinación de la palabra-contrato “mujer”. Desestimando uno de los pares opositivos, se intenta dar por tierra con la lógica dual que está a su base. Esto mismo intenta Nietzsche cuando sostiene que una vez caído “el mundo verdadero” también cae con él “el mundo aparente”. Pero esta no es la única estrategia posible,

39. Nietzsche, F., *El crepúsculo de los ídolos*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1997, p. 49.

y tampoco es necesariamente la más deseable. Y es que no siempre urge desembarazarse de las categorías y conceptos más venerables, pues como lo sostuviera Nietzsche a propósito de la “hipótesis alma”, siempre “está abierto el camino que lleva a nuevas formulaciones y refinamientos de la hipótesis”.⁴⁰ El problema radica, entonces, en determinar qué términos-categorías (qué esquemas contractuales) han de ser reformulados, reinventados, y cuáles desestimados. Más allá de la opción elegida por la francesa, lo que sí queda claro es que a la hora de renegociar el pacto social es preciso evaluar qué términos conceptuales son desestimables y cuáles deben ser re-apropiados y re-inventados.

La pregunta es, entonces, aquella que interroga por las categorías y conceptos que nos parecen, en esta lucha ante la inequidad social, fértiles para torser la re-escritura del contrato social heteronormativo. El punto en disputa, desde la perspectiva de Wittig, parece girar en torno a las categorías de “mujer” y “lesbiana”. ¿Es posible reformularlas de tal modo que pueden subvertir el injusto contrato social? O ¿es mejor desestimarlas?

Lo que quisiera cuestionarme, en este momento, es si la estrategia de Wittig, a la que hemos denominado

40. Nietzsche, F, *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual, Buenos Aires, Alianza, 1997, p. 34.

“declinante”, es la única opción viable para pensar la vinculación entre el contrato social y el sujeto lésbico.⁴¹ En primer lugar, cabe destacar la fructuosidad de la estrategia de Wittig a la hora de desestimar la propuesta metodológica de Rousseau. La prótesis de un (supuesto) estado natural parece ser, para aquellas a las que se ha pretendido atar –so pretextos del dogma biologicista, religiosos, naturalistas, esencialistas, etc– a un destino social injusto, el fantasma a conjurar, y no la senda a rehabilitar. Considero que la idea-categoría de una “naturaleza femenina” (o masculina) identificada con un supuesto –y tranquilizante– sustrato biológico inalterable– implica la reificación y sustancialización de una idea de “mujer” que sólo nos impone la ley *oikonomica* del retorno al hogar. Como Wittig, renuncio a dicho concepto. Ahora bien, ¿declinar esta categoría implica necesariamente declinar conjuntamente a la categoría “mujer”? En este aspecto, y en contraposición a los sostenido por la francesa, reivindicó la potencia inventiva de las categorías de “mujer(es)” y “lesbiana(s)” –en la

41. Sobre los usos estratégicos de la sentencia de Wittig, Cf. tron, f., “Che ¿vos te diste cuenta que sos una mujer?”, ponencia presentada en el Foro Situación Legal de las Personas Trans en la Argentina, 2,3,4 de septiembre 2003. Disponible en: <http://potenciatortillera.blogspot.com.ar/2003/10/fabiana-tron.html>; también Suárez Briones, B (ed), *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*, Barcelona, Icaria, 2013.

modalidad del plural-. La disputa en torno a lo que se dio en llamar “el matrimonio igualitario” proporciona una clave a este respecto. Dado que la identidad homosexual en general, y lésbica en particular, se presentan como las subjetividades históricamente presentes en la lucha social, es posible y, a mi juicio, imperativo, reivindicar dichas subjetividades a la hora de pensar los modos bio-políticos de organizar nuestra existencia comunitaria e individual.⁴² Las categorías de “mujer(es)” y “lesbiana(s)” (nótese el plural en sustitución del singular) se presentan como campos abiertos, no sustancializables ni reificables, de re-pactación social.

Paco Vidarte afirma que “la fundación o proclamación de una ética siempre es una operación de poder, de opresión, de control social. Salvo quizás en el caso de una ética de emancipación, una ética revolucionaria, una ética libertaria, una ética de lucha contra una situación de marginación y de privilegios ajenos”.⁴³ El sistema sexo-género es, como estimo ha quedado explicitado, un pacto social impuesto e injusto. El modo en que el mismo estructura nuestra existencia produce

42. En este punto no deseo desestimar las particularidades y diferencias que se dan al interior de la comunidad LGTBQ. Lo que sí pretendo es señalar los puntos de convergencia de su lucha.

43. Vidarte, P., *Ética marica. Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*, Op. Cit., p. 25.

en todos aquellos que no se ajustan a la heteronormatividad (legitimada como natural e imperativa), a “una situación de marginación y de privilegios ajenos”. Y esta es, precisamente, la situación en la que se encuentran las mujeres y también las lesbianas, así como todxs aquellxs cuyas existencias hacen por sí mismas tambalear el edificio de la metafísica hetero-binaria occidental. En este sentido, considero más que viable la vía de reapropiación por parte de todas aquellas subjetividades (monstruosas) que genera el pacto social. Reivindicar la voz de estas posiciones de enunciación implica abogar por una ética de lucha y libertaria. Una ética libertaria es, en este sentido, una ética anómala, monstruosa, que pretende subvertir situaciones artificiales de desigualdad e inequidad social reivindicando la potencia política de las contra-naturalezas como sujetos ético-políticos de enunciación.

Para reivindicar nuestras voces en ese abierto y fluctuante contrato social, es preciso re-construir una identidad estratégico-política que se aleje de toda visión naturalizada y estable de la subjetividad, una posición precaria en la cual asentarse. Afirmar la necesidad de re-inscribir y re-inventar las categorías de “mujer” y “lesbiana” en el marco de las re-escrituras del pacto social supone, en ese sentido, la reivindicación de una identidad política estratégica, contra-natural, y temporalmente variable (no la restitución legítima de una identidad natural o esencial). De este

modo, reinscribir la figura de la lesbiana como mujer supone desnaturalizar el régimen prescriptivo del sexo-género, reformulando dichas categorías. Sólo en estas coordenadas, y lejos de afirmar una ontología dual y jerarquizante, estimo que es posible y deseable reivindicar mi identidad lésbico-feminista⁴⁴ en la re-escritura inacabada de un heredado contrato social.

44. Dado que el objetivo de este texto ha sido pensar la vinculación de las categorías de “mujer” y “lesbiana” desde la óptica del contrato social, me he limitado a defender el valor político y estratégico que la reivindicación inventiva de dichos términos posee en la posibilidad de re-escribir dicho pacto injusto. No me he extendido entonces, si bien estimo que se encuentra contenido conceptualmente en este escrito, sobre la deseabilidad y urgencia de extender dicha identidad comunitaria, política y estratégica al resto del colectivo LGTBQ y demás “contranaturalezas” que genera el sueño (opresivo) del dimorfismo sexual heteronormativo.

3. Ficciones de una teoría lesbiana.

I. Una exploración en torno a la lengua tortillera⁴⁵

“El lenguaje es un estratégico campo de batalla, un sitio de pugnas en torno a los modelos de (in)inteligibilidad del mundo, de los mundos. (...) En su territorio se despliegan las máquinas de producción de saber/sentir/hacer que modelan una determinada relación entre el conocimiento y el mundo.”

valeria flores, *Interrupciones*.⁴⁶

Aún recuerdo la primera vez que escuché la palabra “lesbiana”. O al menos este es el primer recuerdo nítido que tengo sobre ella. Claro que había escuchado el término “homosexual”, varias veces, pero no recordaba haber escuchado el de “lesbiana”. Fue en séptimo grado o primer año del colegio secundario, y lo escuché de boca de mis compañerxs de curso. Era una denuncia y una burla al mismo tiempo. “Lesbiana” fue

45. Texto presentado en el *Conflicto A: “Cartografías del cuerpo lesbiano: narrativas, mapas e itinerarios identitarios”*, en el marco de la “*Segunda Celebración de las Amantes: Jornadas de orgullo lesbiano*”, organizada por Fabi Tron, María Luisa Peralta, Stella Labruna, Amalia Samul, Irene Ocampo, Naty Vilá, *Rosario*, 1, 2 y 3 de mayo 2014.

46. flores, v., *Interrupciones*, Op. Cit., 2013.

ese día la designación, la palabra, el nombre, con el que mis compañerxs se burlaron de nuestra muy masculina y tortísimas profesora de educación física. Esta palabra funcionó, entonces, como una máquina de producción de mundos. Fue el modo de señalar, tipificar, y censurar un modo de ser, un modo de verse, un modo de coger, de entablar vínculos amorosos, en síntesis, un mundo posible.

Esa primera vez, recuerdo, me fui a llorar al patio sola. Sentí una enorme tristeza que, en ese entonces, me parecía inexplicable y que ahora me provoca una extraña mezcla de ternura y de rabia. Ese día –y hubo muchos otros, claro– aprendí lo eficaz que pueden ser las palabras y los modos de nombrar(nos). De llamar y clasificar nuestros modos de ser-con y de habitar este mundo. Las palabras, y las economías taxonómicas que las sostienen, son verdaderas tecnologías de producción subjetiva. Nos hacen ser quienes (no) somos y condicionan lo que hacemos, sentimos, pensamos, conocemos y deseamos. Si lloré aquel día en el colegio, asumo que fue porque intuía (y vivía ya, al menos en el modo de la anticipación estremecedora), algunos de los costos que supone abandonar la tierra (y el contrato) de la heterosexualidad (para decirlo con Monique Wittig). La palabra lesbiana, intuyo, olía a exilio, soledad y partida. Poco sabía entonces de la alegría, las compañías, las celebraciones y los amores que dicha partida –y esa palabra “lesbiana”– traerían para mí.

*i. Políticas del nombre (im)propio:
decir-nos lesbianas*

“Lesbiana lesbiana lesbiana lesbiana, decirlo tantas veces como las que se lo calló. Decir lesbiana es iluminar una porción de realidad, velada por las gruesas sombras de la dominación hetero, correr el cerrado horizonte de su normativa genocida. Nombrarse es la tumba de la opacidad, su combustión.”

Macky Corbalán, *El silencio canfbal*⁴⁷

Por entonces, en ese pasado que ya me parece muy lejano, “lesbiana” era para mí una amenaza, un peligro, e incluso una vergüenza. Afortunadamente, las pesadillas del exilio dieron lugar a un encuentro ineludible y transfigurador. El lesbianismo (y el feminismo que vino con él) fue –y es– para mí una morada (im) posible: lugar de llegada, pero también uno de partida. Entendido no como el mero deseo –y práctica– de coger entre mujeres, sino como *êthos*, es decir, como modo de ser y de habitar la existencia, el tortismo constituye una mirada del mundo y nos proporciona una lengua, es decir, una manera de narrar(nos) y fantasear(nos), de posicionarse en el juego de lo (im) posible. Y en tanto tal, pone a jugar sus propios valores,

47. Corbalán, M., “El silencio canfbal”, Op. Cit.

normas, y legibilidades. En ese sentido, el tortismo puede ser entendido como una “ideología”, para usar la expresión de Gabriela Adelstein, pues comporta sus propios valores, normas e ideales, e incluso podemos pensarlo como “adjetivo”, como afirma Andrea Lacombe, en tanto implica una manera de “modalizar” la vida, de imprimirle una perspectiva. Y este lesbianismo habla su (im)propia lengua, la Tortilengua, en la cual es posible ensayar una narración diferente en la que esa misma palabra utilizada para disciplinar y estigmatizar se presenta como la ocasión de señalar un *êthos* o modo de ser en común, la pertenencia a una comunidad. Reconfigurando y redireccionando así su fuerza tecnológica, este término señala hacia esa lengua o a esa mirada de mundo colectiva a partir de la cual narrarnos, pensarnos, soñarnos, desearnos, revivarnos y reinventarnos.

El tortismo y la tortilengua que le es propia no pueden ser identificados entonces con el mero conjunto de lesbianas,⁴⁸ en todo caso representan una “expresión cultural o social, (...), un deseo, un modo de andar en la vida.”, como escribe M. Luisa Peralta, que debe ser

48. El “tortismo”, entendido como lengua y modo de ser, se distingue del “tortaje”, que designa más bien a un conjunto de lesbianas. En ese sentido, excede el horizonte de lo meramente cuantificable, y opera más bien como una cualificación, como una modalización o “adjetivación”.

ponderado como tal⁴⁹. Hoy celebramos nuestro orgullo lesbiano como lo que es, un modo de ser y de resistir en este mundo. Lo celebramos porque el lesbianismo (y ojalá lo hubiera sabido mucho antes) es ocasión de alegría, orgullo y encuentro. Lo celebramos porque para much@s de nosotr@s, el lesbianismo fue, es o será un modo de hacer más vivible y menos solitario este mundo, e incluso más esperanzador. Les propongo, entonces, adentrarnos en algunos de los pliegues, contornos y movimientos de nuestra lengua lesbiana como una vía para explorar nuestro *êthos* tortillero.

Detenernos en algunos de los términos y operaciones de nuestra lengua nos va a permitir vislumbrar algunos de los matices y contornos de nuestro tortismo. Quisiera por tanto demorarme en los modos en que nos narramos, en que nos nombramos a nosotras mismas y a las demás, en que nos clasificamos, nos distinguimos, e incluso nos inspiramos un@s a otr@s. En este sentido, lo que motiva la siguiente cartografía de los nombres, las sub/categorías, y las taxonomías que subyacen a nuestra torti-lengua es la convicción de que en dicha lengua se nos juego algo del orden de nuestras posibilidades, límites y riesgos. Es importante cuidar nuestra lengua en constante mutación. Requiere de nuestra (pre)ocupación, ejercicio

49. Cito aquí a M. L. Peralta, G. Adelstein y A. Lacombe de conversaciones en los muros de Facebook.

e inquietud. La lengua lesbiana es para mí –y para much@s– un refugio, un modo de ver y problematizar el mundo, una trinchera. Y por eso mismo creo que es necesario analizarla, auscultarla, desafiarla e incluso ponerla en jaque. Sólo así permanecerá viva, a costas de su capacidad para reinventarse. La lengua lesbiana está (esperemos y procuremos) en constante transformación y reinención de sí.

ii. *Torta se dice de muchas maneras*

“Porque no podemos con 'mujer' abarcar a todas las que podemos comprender dentro de 'lesbianas' desde las lipstick (carmín o lápiz de labios) ultrafemeninas, a las stone butch (las más masculinas) pasando por las femme, las butch, marimachas o machonas, las andróginas, las que están en algún punto entre los extremos o se desplazan por muchas posibilidades, las que jamás se acostaron con un hombre, las que (...)”

fabi tron, “*Ché, ¿vos te diste cuenta que sos una mujer?*”⁵⁰

Pero, entonces, ¿cómo interpelar a la lengua tortillera? ¿Cuál de entre los variados contornos y movimientos de la lengua tortillera puede ser la ocasión para problematizar nuestra Tortilengua? Entre otras pieles, nuestra lengua está (de)hecha de nombres, y subcategorizaciones, aunque también de besos, marchas, cogidas, acciones, deseos, cuerpos, puños, gestos... La propuesta, en esta oportunidad, es detenernos en los términos y categorías que usamos para clasificar, proyectar y organizar ese tortismo que supimos construir. Quizás así podamos esbozar algunos de los trazos de

50. tron, fabi, “*Ché, ¿vos te diste cuenta que sos una mujer?*”, Op. Cit.

nuestras siempre problemáticas taxonomías lésbicas. A continuación, voy a intentar cartografiar algunos pliegues de esas taxonomías tortilleras motivada por la convicción de que en los nombres y las narraciones se nos juega algo de lo que somos, y de lo que no.

Confrontarnos con las potencias y los riesgos de nuestros “torti-lectos”, con esas palabras que designan matices y modalizaciones del mundo tortillero, es un modo de ocuparnos de nuestro modo de ser y de ver el mundo. Estas categorizaciones de nuestro fluido lesbi-diccionario nos permiten atender a algunas de las lentes con las que mira nuestro ojo lesbiano. Alumbrar algo de nuestro paisaje tortillero, de eso que en la mayoría de los casos es invisible al ojo hetero (o a la mirada paki) pero que para nosotras señala la riqueza de nuestro mundo. En ese sentido, pensar estas definiciones y etiquetas equivale a pensar –y cuestionar– algunos de los elementos o insumos técnico-discursivos que nos producen como las tortas que somos, decimos, deseamos, fantaseamos, legitimamos, censuramos... y también las que *no* somos, *no* decimos, *no* deseamos ...

De allí que analizar nuestras taxonomías nos va a permitir pensar dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, nos va a permitir interrogar los principios de (in)inteligibilidad a partir de los cuales nos leemos, interpretamos, llamamos e interpelamos entre nosotras. En esos nombres y categorías sub-

yacen códigos, normas, valores, e ideales que condicionan y moldean nuestras posibilidades, límites y legibilidades. Las categorías con las que nos clasificamos, identificamos y designamos pueden fomentar parámetros coercitivos respecto de lo que es “hacerse/ser torta”. A la luz de nuestras propias sub-categorías, todas podemos ser “más o menos chonga”, “más o menos femme”, “más o menos versátil”, “más o menos camionera”, e incluso, “más o menos torta”. En el momento en que los nombres que creamos para nosotras comienzan a operar como parámetros normalizadores al interior de nuestra propia comunidad, se vuelven disciplinantes y coercitivos. En ese sentido, no debemos nunca perder de vista que estas categorías con las que nos narramos, pero también medimos, comparamos, y proyectamos –a nosotras mismas y a las otras– pueden ser la ocasión de jerarquías y subordinaciones varias. Si establecemos “tortómetros”, como dice Catalina Trebisacce, a partir de las cuales algunas serían “más o menos tortilleras” que otras, nuestras taxonomías pasan a funcionar como criterios de pureza y corrección. Se convierten así en tecnologías tan normalizadoras y coercitivas como aquellas de las que intentamos huir. En ese sentido, no debería pasar inadvertido el tufillo “fachistoide” de categorías como la de “torta pura” (también denominado “*golden star*” o “torta de paladar negro”), o el sesgo censorio detrás de etiquetas

como las de “chongo chasco” o “falso chongo/femme”. De allí que el trazar nuestras taxonomías puede ayudarnos a revisar y criticar estos efectos negativos del nombrar.

Pero desarrollar estas clasificaciones también tiene otro objetivo, uno más “positivo” –o al menos, menos “prudencial”–: el de preguntarse por algunos de los puntos nodales y problemáticos de nuestras construcciones (des)identitarias, en el marco de un *êthos* colectivo y comunitario. Quizás con algo de suerte, esto nos permita señalar algunos de los focos de nuestras preocupaciones y ocupaciones, de los lugares de nuestra mirada, de aquello que se presenta como un valor o como un disvalor para ese tortismo que nos acomuna. Alejándome de las taxonomías científicas y con pretensiones de verdad, quisiera detenerme entonces en lo que –siguiendo a la *Epistemología del closet* de Sedgwick– constituye una “taxonomía inmediata”⁵¹. Esas taxonomías que, sintetiza Halberstam, proponen

51. “Supongo que todo el mundo se ha dado cuenta de ello [ie, de que las personas somos distintas entre sí], y probablemente todo el que sobrevive tiene recursos razonablemente ricos y poco sistemáticos de taxonomía inmediata para cartografiar las posibilidades, los peligros y las estímulos de su paisaje social humano. Probablemente sean las personas que hayan experimentado en mayor grado la opresión o la subordinación quienes tengan mayor necesidad de contar con estos recursos; (...)”. Eve Sosofofsky Sedgwick, *Epistemología del armario*, Barcelona, Ediciones de la tempestad, 1998.

“clasificaciones del deseo, del físico y de la subjetividad, con el fin de intervenir en el proceso hegemónico de nombrar y definir. Las taxonomías inmediatas son taxonomías que trazamos a diario para interpretar nuestro mundo y que funcionan tan bien que en realidad no las reconocemos.”⁵² Estas clasificaciones mapean algunos de los contornos de nuestro modo de ser-lesbiano. Las mismas son los modos en que nuestra lengua ha intentado escapar al proceso heteronormativo de nombrar, el mirar, el desear, del ser.

Dichas taxonomías, alertaba Sedgwick, no deben sin embargo perder de vista lo que la autora denomina el “Axioma 1” según el cual: “Todas las personas son diferentes entre sí”. Traducido en términos de una posible “epistemología del tortismo”, podríamos reescribirlo del siguiente modo: “Todas las tortas son distintas entre sí”. Y vale la pena resaltar este axioma. Es necesario desarrollar la cartografía lesbiana sin perder de vista nuestra irreductible singularidad, aquella que señala la diferencia o distancia que distingue a una de la otra, a la vez que posibilita la existencia de un nosotr@s. No hay una torta que sea idéntica a otra. Y aún así, la palabra “lesbiana”, “torta” o “tortillera” ha sabido construir un Nosotr@s en que el acomunar nuestras

52. Halbertam, J., *Masculinidad femenina*, Madrid, Egales, 2008, p. 30. Allí Halberstam inscribe sus propias tesis en el marco de las taxonomías inmediatas de Sedgwick.

diferencias y afinidades, un lenguaje en el que trazar nuestras distinciones, identificaciones, equivalencias, e incluso “tipos” y “clases”. Cartografiar la lengua tortillera y sus torti-lectos nos va a permitir comprender algo de nuestro ojo lesbiano, es decir, de esa mirada de mundo que se ancla en la torsión de la lengua.

iii. Cartografiando nuestras taxonomías tortilleras

“Ese desencantamiento del desencantamiento de las confortables y seguras divisiones puede ayudar a pensar éste como un mundo continuo que se construye tejiendo las pequeñas diferencias junto con las pequeñas semejanzas en una malla relacional que considera en su trama las habitaciones de esos espacios opacos en donde la luz no llega con la misma intensidad que a los puntos nodales”.

A. Lacombe, *“Para hombre ya estoy yo”*⁵³

Motivada así por la autoreflexión y el cuestionamiento de nuestras prácticas auto-subjetivantes, y más puntualmente de nuestra torti-lengua, pero también con espíritu lúdico y curioso, voy a esbozar una cartografía de nuestras taxonomías (a ser repensada, reinventada, discutida, criticada, falseada y diseminada), para alumbrar algo de los modos tortilleros de clasificarnos, tipificarnos, nombrarnos. Y si Sedgwick recurre en su epistemología del closet al análisis de obras literarias del siglo XIX, y Halberstam a las performance Drag King para mapear sus “masculinidades femeninas”, yo voy a utilizar como material de la

53. Lacombe, A., *“Para hombre ya estoy yo” Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*, Bs. As, Antropofagia, 2006.

taxonomía inmediata a FB, Tres Jolie, AACH, varias charlas con amigxs y compañeras –de militancia y de la salidas varias–, algún que otro chisme del ambiente, varios textos y –obvio– a una búsqueda-google (con y sin suerte) para pensar algunas aristas de nuestro paisaje tortillero, construido él también de textos, citas, búsquedas, virtualidades, corporalidades diversas, anhelos varios, deseos, aspiraciones, ideales, tipeos, errores y fantasías. Este constituye, para decirlo de manera sintética, un intento exploratorio sobre (y en) nuestra lengua, para pensar el nosotr@s lesbian@ que reviste matices, modalizaciones, y también exigencias y expectativas.

Pero entonces, ¿qué ejes o criterios clasificatorios son pensables, criticables y por tanto revisables de nuestros (sub)nombres y (sub)categorías? ¿En qué nos detenemos cuando nos llamamos a nosotras y a las otras “torta-femme”, “femme-punk”, “femme fatal”, o “torta de uñas largas”? ¿Y qué está en juego, qué arriesgamos, cuando nos tipificamos como “torta-lipstick”, “lady” o “dama”, “barbie”, “femme-andro”, “chonga”, “chongo”, “chonguito”, o “chongazx”? ¿Qué vemos cuando decimos que una torta es “camionero/a”, “bombero con tanga”, “torta-Justin”, “torta-Shane”, “torta-Sandra”, “tomboy”, “andrógina”, “andro-femme”, “andro-chongo”, “torta churrasquito”, “torta feminista”, “criptolesbiana” (categoría acuñada por Ma. Luisa Peralta), “translesbiana”, “lesbiana trans”, “lesbiana política”, “torta *queer*” o

“*cuir*”? Los tori-lectos o categorías tortilleras proliferan y se entrecruzan poblando nuestro paisaje tortillero y tipificando nuestro tortismo. Así nos encontramos con la “torta platense”, la “torta intelectual” (entre cuyas subcategorías podríamos incluir a la “torta académica”, “la torta publicada” o con publicaciones, sean o no académicas, y la “torta nerd”), la torta poeta, la artesana, la torta dandy, la “metalera”, la “cumbiera”, “la porteña”, la “torta de adrogué”, “la del Oeste”, la “del interior”, la “de San Cristobal” (que según dicen, tiene mucho más en común con la “torta del conu” que con la porteña), “las de la plata”, “las cordobesas”, la “torta deportista” (en sus cuantiosas modalizaciones), la latinoamericana y la latinoamericanista y también, claro, la “torta universitaria”, la “estudiante”, y el ya canónico “tortón patrio” (pastelito desde pequeña y a todas luces). También contamos en nuestro lesbilengua con la “torta pobre”, la “torta cheta”, la “torta renga”, la “torta nueva o brownie”, la “torta muda”, la “torta autónoma”, la “torta neuquina”, la “vegana”, la “vegetariana”, la “torta de izquierda”, la “torta anarquista”, la “torta trans” y también –por mucho que nos pese– la “torta facha”, la “torta mala”, y la “trans-fóbica”. Está también la “torta vieja”, “la torta peluda”, la “abortorta”, la “versátil”, la maestra torta, la “kiki” y la torta enclosetada.

Tenemos también a la “torta poliamorosa”, la que “practica el amor libre”, la “monógamo-disidente”, la “chongo-activo”, “la putorta”, la “stone-butch”, el

“chongo versátil”, la “femme metrosexual”, la “lesbiana BDSM”, la “leather”, la “andro-versatil”, la “chongo-alfa”, la “swinger”, la que está en una “relación abierta” o “complicada” (lo que no es lo mismo que una torta complicada). La romántica, a-romántica y la no-romántica, la “torta negra”, “la torta gorda” y todas las tortas, tortitas y tortones que seguiremos inventando para nutrir nuestra lengua, para hacerla contorsionarse una vez más. . .⁵⁴

Entre estas categorías y etiquetas, entre estos modos de ver-nos, narrar-nos, leer-nos, se juega nuestra lengua (y su ojo) lesbiano. La lengua lesbiana – recordemos – tiene una mirada. Entre esos muchos nombres y los (dis)valores, ficciones y parámetros que sostienen, se articulan deseos, cuerpos, sentidos y prácticas. Ninguna somos exacta y únicamente una de esas categorías, pero ellas anudan algo de la trama que nos permite pensarnos como las tortas que (no) somos. Cartografiar dicha taxonomías supone alumbrar algo de un territorio inquieto y siempre diverso a partir de la proyección de líneas o zonas de relevancia. Las categorías y subespecificaciones de nuestro tortismo, y arriesgo aquí un tímido esbozo, se asienta en cuatro coordenadas básicas o nódulos problemáticos. Es posible distinguir **1. Un eje est/ético**, en el que se

54. Las categorías siguen siendo inventadas, y tampoco he recogido (ni lo he pretendido) aquí la totalidad de las ya existentes.

pone en juego (y en jaque) la re-presentación tortificada de nosotras mismas, nuestros parámetros estéticos (con la serie de imperativos estéticos que vienen anudados a ellos), todo lo que caería bajo las estéticas tortilleras y en las que se encuentran las variaciones de nuestros chonguismos, femme-inidades y tortismo. Nuestra ética y estética lesbiana se centra en esas prácticas de sí que construyen los cuerpos lesbianos a través de nuestras performances de género, o más bien, de nuestra performance torteriles, de esos estilos corporales que involucran una estética pero también una ética –un modo de actuar– específicos. En este aspecto parecen centrarse categorías como “chonga”, “femme” o “torta sandra”; **2. Un eje sexo-afectivo:** es decir, abocado a pensar nuestras prácticas amorosas y amatorias, los modos en que cogemos, amamos, noviamos, soltearemos, nos enfiestamos, nos traicionamos, y nos cuidamos en lo que refiere a los vínculos sexo-afectivos. Aquí estarían, entre muchas otras, “la femme-BDSM” y la “torta versátil”⁵⁵; **3. Un eje geo-político,** ocupado de las determinaciones sociales, culturales y económicas, de nuestra procedencia entendida como ubicación geo-cultural. El foco recae aquí en nuestra condición social, material y simbólica. El sitio que habitamos

55. Como se puede observar, los ejes se superponen y articulan. Muchos de los modos sexo-afectivos del tortismo suponen una estética de sí. Y desde ya que constituyen una práctica de sí.

–o en el que se nos ubica– en el mundo. Pienso aquí en la “torta del conu”, “la del interior”; pero también en la “lesbiana universitaria” o “torta porteña”. Y por último, es viable cartografiar 4. **Un eje narrativo**, en el que se destaca el modo en que nos narramos y nos presentamos ante el mundo. Si somos o no tortas, si somos o no feministas, veganas, militantes, apolíticas, etc.⁵⁶

Desde ya que estos trazos no son exhaustivos ni tienen una pretensión de sistematicidad. En todo caso, intentan alumbrar algunas de las zonas nodales sobre las que (estimo) focaliza nuestro ojo lesbiano, ese que habla la Tortilengua. Esos ejes, además, se cruzan, comunican, infectan y desbordan unos a los otros. Cada una se (des)alinea de estas coordenadas en sus (im)proprios términos. Cada una es tan fiel e infiel a las reglas, normas y valores que las (sub)categorizaciones y las grillas que subyacen a las mismas comportan. Pero todas, de algún modo u otro, estamos transidas por sus posibilidades, límites y riesgos.

Nuestras taxonomías constituyen algunos de los enclaves de nuestra lengua, con ella construimos nuestro mundo. Las categorías que pueblan nuestra tortilengua son parte de las tecnologías que producen nuestros

56. Presento al final del texto una tabla (incompleta y en obra) de nuestras taxonomías tortilleras.

cuerpos, deseos, sensibilidades. Así las clasificaciones con las que nos diferenciamos modalizan nuestra nuestro ojo lesbiano, es decir, nuestro modo de ver y habitar este mundo. En ese sentido, son posibilitadoras de experiencias, expresiones, deseos y matices. Hacen a la posibilidad de narrarnos, nombrarnos, y también fantasearnos. Aún así, como decía, pueden ser la ocasión de normalizaciones y disciplinamientos coercitivos, promotoras de jerarquías y subordinaciones. Y es justamente este carácter ambivalente de las taxonomías, sus potencias y sus riesgos, lo que motivó esta exploración en torno a la lengua lesbiana; torti-lengua que, como tod@s sabemos, sólo permanecerá viva si sigue mutando, cambiando y reconfigurándose. Quizás en estos campos problemáticos, así como en sus cruces y rebasamientos, sea posible pensar algunas de las (im) posibilidades, los peligros e (in)inteligibilidades del tortismo que supimos (de)construir. Quizás así, repensádo(nos), reescribiéndo(nos), rehaciéndo/(nos), y cuestionando nuestros modos de coger, de amar, de vestir, de comer, de presentarnos, de ubicarnos en nuestras singulares coordenadas geo-políticas sea posible que nuestro tortismo permanezca abierto a nuevos horizontes y nuevos rumbos, así como atento a sus propias cegueras. Quizás así, nuestro lesbianismo sea capaz de reinventar su lengua para ampliar nuestras posibilidades y nuestra libertades.

Una tabla (pastelera) de las categorías:

1 Est/éticas de sí: nuestra performance-presentación de género. (¿cómo (no) nos vemos/presentamos?)

-Femme-idades: Femme, femme-punk, femme fatal, “la de uñas largas”, la “lady” o la “dama”, la “lipstik”, la “barbie”, la femme-andro, etc.

-Chonguismos: Chonga, chonguito, chongazo, camionero, bombero con tanga.

-Tortismos: torta-Justin o torta-Shane, torta-Sandra, tomboy, andrógina, andro-femme, andro-chongo, “torta churrasquito”.

2 Procedencia geopolíticas: condiciones socio-económico-culturales.

(¿De dónde (no) venimos?)

La torta platense, La porteña, la torta de adrogué, la del Oeste, la torta del conu, la “del interior”, la de San Cristobal, “la torta intelectual”, la torta pobre”, la “torta de zona de Norte”, la “latinoamericana”, y también claro, la “torta universitaria”, etc.

3 **Auto/hetero/narración:
posicionamiento político-situa-
cional.**

(¿Cómo (no) nos nombramos?)

Torta feminista (o criptolesbiana); lesbiana política, torta queer, cuir, “enclosetada”, closetera, la que se llama a sí misma “gay”, o la que rehúsa explícitamente asumir una categoría identitaria. Torta vegana, vegetariana, no-especista.

4 **Prácticas sexo-afectivas
¿Cómo (no) amamos y cómo
(no) cogemos?**

- Chongo-activo, stone-but, chongo versatil, femme metrosexual, lesbiana BDSM, andro versatil, etc.
- Chongo alfa, poli, monógama, no-monógama, practicante del amor libre, swinger, en relación abierta, no-romántica, a-romántica

II. Esas *raras* teorías nuevas: o la(s) crítica(s) de la razón (hetero)sexual⁵⁷

“Sinceridicio: No estamos mejor que vos del otro lado. No nos va mejor. No nos sentimos menos solitarias. No hemos encontrado todo el tiempo lo que buscamos, no hemos sido capaces siempre de construirlo. Fracaso luego soy anónimo, frágil, casi absurdo. La tierra prometida no existe, no hay adonde huir.

Y sin embargo, desistir, fugar, perder el miedo a la incertidumbre”

Ludditas Sexxxuales, *Ética amatoria del deseo libertario y las afecciones libres y alegres*.⁵⁸

Arriba y abajo. Alto y bajo. Mejor y peor. El cielo de los salvados y el (sub)suelo de los condenados. La luz y la oscuridad. La certeza y la duda. Y podría seguir sumando pares binarios a este topología bicromática

57. Texto presentado en el *Simposio: “Filosofía y diversidad sexo-genérica”*, organizado por Eduardo Mattio, Mauro Cabral y Virginia Cano, en el marco del *XVI Congreso Nacional de Filosofía*, AFRA, Buenos Aires, 18 al 22 de mayo de 2013.

58. Ludditas Sexxxuales, *Ética amatoria del deseo libertario y las afecciones libres y alegres*, Bs. As., Milena Caserola, 2012. Disponible en: <http://eticaamatoriadeldeseolibertario.blogspot.com.ar/>

que surca gran parte de nuestro *corpus* filosófico y del modo en que se ha concebido la tarea del pensar desde las altas cumbres. Para nosotrxs lxs filósofxs, esta topología dual ha implicado –para hacer una taxonomía siempre injusta– una decisión intelectual, y por tanto, una decisión ética y política. Todavía me acuerdo de Matías Martín gritando a la cámara (recuerdo infernal y bien oscuro, si lo hay): “¿De qué lado estás, chabón?”. Pues bien, la filosofía ha intentado responder a esa pregunta y para una gran mayoría, la respuesta ha sido simple y evidente: “estamos arriba”, del lado de la luz, y las certezas. Es desde acá, desde la claridad de los que han abandonado el fondo oscuro de la caverna, desde donde tiene sentido filosofar. El sueño del filósofx tiene mucho que ver con el sueño religioso (ya nos lo advirtió Nietzsche): ambos buscan alguna salvación, algún lugar a resguardo de la finitud que lo corroe todo: nuestros cuerpos, nuestros vínculos, nuestros saberes y nuestras creaciones.

Comencé estas palabras leyéndoles un texto de *La ética amatoria del deseo libertario y las afecciones libres y alegres* en el que se comete un “sincericidio”. La sinceridad sangra en la letra que confiesa su suerte invariable: no hay a donde huir para refugiarse en el reino de los salvados. No hay un arriba al que ascender para salvarnos de la incerteza y provisoriedad de nuestra tierra, y de nuestros mares. En ese sentido, estamos todxs condenadxs. Lo mismo nuestros pen-

samientos, amores y afecciones varias. Es desde acá, desde este lugar en el que moramos todxs aquellxs que sentimos que **no** nos hemos salvado –y que es mejor que sigamos así– desde donde quisiera partir mi reflexión sobre esas raras teorías nuevas. Esas teorías que se abocan a lo que podríamos llamar, siguiendo entre otrxs a Kant, Foucault, y Butler, al desarrollo de la(s) crítica(s) de la razón heterosexual. Estas teorizaciones, pretendo sostener, también son sincerizadas y anuncian un futuro de claro-oscuros al reivindicar que no hay certezas a donde llegar ni cielos a los que aspirar. Pero por eso mismo, la esperanza no es la de la luz blanca y transparente que viene de arriba y suele cegar a los de abajo. En todo caso, la lucha es por la variabilidad de las posiciones y de la multiplicidad de los colores. Por la aceptación de su carácter endeble y transitorio.

Pues bien, si una mira para abajo, al piso, o a los costados, en las paredes, e incluso si una levanta un poco la mirada y observa las banderas de algunas marchas, se puede encontrar con cosas como las que les voy a leer: “torta porque me gusta y se me da la gana”, “las lesbianas existen y resisten”, “me hice torta por tu hermana”, “Yo no soy paki, ni quiero ser. Soy tortillera, medio chonga y bien pastel”, “Norma es heterosexual. Victoria es lesbiana” o incluso ésta que más que escrita en los muros o en los carteles estuvo inscrita en el cuerpo de algun@s de nosotr@s: “Cómo romper sin romperse”.

Para pensar y articular este juego entre el arriba y el abajo, entre la teoría y el sincericidio, entre la filosofía y la incertidumbre, quisiera estructurar mi texto en dos momentos. Y lo voy a hacer a partir de las dos últimas frases que provienen del muy caótico y proliífero campo de la militancia lésbica. La primera sale de la calle, es un mural que se pintó durante la semana del orgullo en Córdoba, allá por el 2006 (y que de todos modos pueden encontrar en muchas partes y con variaciones múltiples). La segunda, surgió en la *Primera Celebración de las Amantes. Jornada de orgullo y disidencia lesbiana*, transcurrida en Córdoba en abril del 2012. Vuelvo a inscribir las dos frases: 1) *“Norma es heterosexual. Victoria es lesbiana”*. A partir de ella intentaré despejar algunos de los rasgos que inscriben a la teoría de la disidencia sexual en el horizonte del pensamiento crítico. Y 2) *“Como romper sin romperse”*. Frase que apuntalará las reflexiones en torno a la cuestión de lo bajo, del fracaso y del deshacimiento del límite.

i. “Norma es heterosexual. Victoria es lesbiana”: o sobre la teoría queer como crítica de la razón heterosexual.

Vayamos entonces al primer aspecto sobre el que quisiera detenerme en esta ocasión: la crítica de la teoría *queer* a lo que podríamos llamar nietzscheanamente “la razón hetero-mono-occidental”.⁵⁹ En esta oportunidad no quiero problematizar la denominación “teoría queer” (no porque no la considero relevante, sino porque en esa ocasión quisiera discutir otra cosa. De allí que utilice esta denominación para designar un *corpus* textual así como una metodología y serie de herramientas que están en constante transformación y que se suelen alinear bajo esa rúbrica).⁶⁰ Si bien es difícil dar con los elementos

59. Nietzsche se refiere a “la `razón’ en la filosofía” para designar una lógica y un *êthos* que a su juicio surca la tradición occidental: aquella centrada en la unidad de lo permanente, y en una ratio que contrapone el ser al devenir, ie, “monotonoteísta”. Cf. Nietzsche, F., “La `razón’ en la filosofía” en *Crepúsculo de los ídolos*, Op. Cit. Es siguiendo esta inspiración que adoptamos la siguiente fórmula: “la `razón’ hetero-mono-occidental.

60. Para una mirada crítica a la *Queer Theory*, y su apropiación en el contexto (fundamentalmente académico) del Sur, ver –entre otros–: Cabral M., “Salvar las distancias-Apuntes acerca de ‘Biopolíticas dl Género’” en Ají de Pollo (eds), *Biopolítica*, Bs. As., Ediciones Ají de Pollo, 2009; Blas, R., “Sobre la perspectiva de géneros en la universidad, Participación en el panel Educación y sexismo en la formación universitaria en el marco de las *Jornadas*

últimos que determinan esta tradición, creo que se podría decir que uno de los puntos que acomunan el cruce entre teoría, filosofía y disidencia sexo-genérica es el de la crítica a la heterosexualidad compulsiva, para utilizar la terminología de Adrienne Rich.⁶¹

Las raras teorías que constituyen esta estela de pensamiento se presentan como críticas (posibles e inconclusas) a dicha “razón” heterosexual occidental. En definitiva, el lema que hemos recogido como inspiración de este apartado sintetiza (no sin humor) el modo en el que la heterosexualidad ha funcionado como la “Norma”, o ratio, de inteligibilidad de los cuerpos, deseos, prácticas y modos de ser (o habitar) el mundo. Uno de los grandes objetivos de estas raras teorizaciones ha sido denunciar, golpear, demoler a golpes de martillos, o al menos debilitar, el régimen bio-político que organiza nuestros cuerpos a partir de la normatividad heterosexual y cisexista.⁶² Si (lo)

Degenerando, en FFyL, UBA, 2014 (disponible en: <http://www.aacademica.com/blas.radi/2>).

61. Rich, A., “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” en: *Duoda. Revista d’Estudis Feministe*, N° 10, 1996.

62. Para un desarrollo del modo en que el cisexismo regula prácticas e impone jerarquías, a la vez que nos fuerza a repensar los límites de una *ratio* apegada a la tensión hetero/disidencia, ver Cabral, M. “Cuestión de privilegio”, *Página 12*, 9 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-8688-2014-03-09.html>

Norma(1) es la heterosexualidad, que se escuchen los disparos de la disidencias y los gritos escriturales que provienen de las tortilleras, los putos, los anormales y todxs lxs rarxs –como Victoria.

Ahora bien, no es precisamente sobre la crítica a la heterosexualidad obligatoria sobre lo que quisiera detenerme, sino más bien sobre el carácter crítico de un pensamiento heterodisidente. ¿En qué medida podemos hablar de crítica? Y de ser así, ¿acaso esta crítica nos coloca del lado de (la) victoria? ¿del lado de los salvados? o más bien, ¿del lado de los derrotadxs, lxs vencidxs, lxs de abajo? Volvamos, entonces, un poco sobre nuestros pasos. Recuperemos unas notas sobre el ejercicio de la crítica como *práxis y tarea filosófica*. Miremos al “gran” crítico de la modernidad. Volvamos al sol que brilla en la niebla de Könningberg. En los tres escritos kantianos: la cuestión del límite, la certeza y la seguridad están en el centro de sus teorizaciones. Basta recordar su *Crítica de la razón pura* y el intento por delimitar los usos legítimos de la razón que nos mantienen a resguardo del engaño y la ilusión:

“Es la tierra de la verdad (nombre encantador) [Kant se refiere a la isla del conocimiento objetivo], rodeada por un inmenso y tempestuoso mar, albergue propio de la ilusión, en donde los negros nubarrones y los bancos de hielo, deshaciéndose, fingen nuevas tierras y engañan sin cesar con

renovadas esperanzas al marino, ansioso de descubrimientos, precipitándolo en las locas empresas, que nunca puede ni abandonar ni llevar a buen término”⁶³.

La crítica es pensamiento del límite. En esto creo que las raras teorías nuevas acuerdan. Pero si el filósofo alemán pensó el ejercicio crítico en el modo de la limitación segura, definitiva, *a priori* y –por tanto– a resguardo de la incertidumbre, ie. una crítica desde lo alto de la seguridad de la razón apriorística, el modo en que se han encarnado y construido las pequeñas y plurales críticas a una pretendida razón-*lógos-nómos* hetero-universal no parece situarnos en la luminosidad de la certeza y en la comodidad de la alta teoría, ni tampoco “en el camino seguro de la ciencia” (para usar la expresión kantiana del segundo prólogo a la *Crítica de la razón pura*). Según Foucault, la contemporaneidad ha recuperado el *êthos* kantiano de la crítica convirtiéndola en un ejercicio constante donde la relación con el límite ya no es de veneración y respeto, sino de una experiencia de franqueamiento posible. Si la crítica reviste alguna utilidad, podríamos decir siguiendo al francés, es porque supone un relación resistente con los límites, como lo es por ejemplo (y entre otros) la escritura lesbiana que franquea el *lógos* de una “razón heterosexual”.

63. Kant, I., *Crítica de la razón pura*, trad. García Morente, p. 142. B. 295/A 236.

Si la cuestión kantiana era saber qué límites debe renunciar a franquear el conocimiento, y nuestra razón, la crítica entendida como un ejercicio realizado desde el horizonte del franqueamiento posible implicará un modo de pensar desde el abajo de los mares tempestuosos. Frente al intento kantiano por instituir –y venerar– los límites *a priori* y universales de nuestra razón, será necesario invertir la cuestión y ver “en lo que nos es dado como universal, necesario, obligatorio, cuál es la parte de lo que es singular, contingente y debido a coacciones arbitrarias”. Se trata, en suma, de “transformar la crítica ejercida en la forma de limitación necesaria en una crítica práctica en la **forma del franqueamiento posible**”.⁶⁴ Tal crítica sólo puede ser realizada desde acá, desde la tierra y los mares de lxs que se saben expuestos a la duda, al error, a la oscuridad y al fracaso. Condenados a no hallar nunca la paz del cielo estrellado ni el refugio de la tierra de la verdad, podemos pensar y filosofar en el modo de la incerteza y de la ignorancia. Sincerémonos, verdaderamente, nunca hemos hecho otra cosa.

64. Foucault, M., “¿Qué es la ilustración? (1984)” en *¿Qué es la ilustración?*, Madrid, La piqueta, 1995, p.104.

ii. *“Como romper sin romperse”: o sobre la crítica como experiencia del riesgo y la teoría desde abajo.*

Para Platón hay que salir de la oscuridad de la caverna y acceder a la luminosidad que viene de lo alto de las ideas. A Descartes le pareció que la primera regla del método era “no admitir en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no tuviese motivo alguno para ponerlo en duda”⁶⁵, y así “aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto”⁶⁶. Nuevamente, abajo: la oscuridad y la incertidumbre; arriba: la claridad y la seguridad. En la sombra, lxs caídxs. En el cielo, lxs salvadxs. Descartes escapa incluso de un genio maligno cuando asciende a la claridad de la razón y la luz de las ideas. Platón consigue escapar de la oscuridad y las falsas ilusiones cuando abandona las profundidades de la caverna y se deja iluminar por la claridad del sol y de la luz. Ahí se salva y rompe las cadenas.

Creo que hay algo (fatídico) en la filosofía que la liga peligrosamente a este destino topográfico que la quiere hacer “ascender” a lo alto de una teoría, de una meditación, que se ha alejado de la empiria, y que se

65. Descartes, R., *Discurso del método*, trad. E. Bello Reguera, Madrid, Altaya, 1993, p. 25.

66. *Idem*, p. 5.

siente –por ello mismo– salvada. Esta alta teoría, esta filosofía realizada desde la perspectiva lumínica del arriba, es efectivamente un modo de pensar y de escribir que cimienta su autoridad en la superioridad de lxs que –más allá de las nimiedades del abajo– están a resguardo y han encontrado su pequeño paraíso. Es decir, su verdad, su bien, su dios.

Pero la filosofía, en tanto senda del pensar y el imaginar, tiene también otra escucha y puede habitar otro *locus*. Más ubicada en el abajo, en la “baja teoría” va a decir Halberstam, en la crítica de la propia actualidad, para decirlo con Foucault, nos coloca en la tesitura de la incertidumbre, el riesgo y la inseguridad. El abajo cavernoso es rico en oscuridades, tensiones, dudas, y transgresiones. Pero por eso mismo, es rico en sentidos y en absurdos. Este modo de ejercer el pensamiento y la crítica, no puede más que situar a la filosofía en los movedizos y variopintos mares de lxs que se saben –desde siempre– no salvadx, no a resguardo, insegurxs y por tanto, inquietxs, inestables, huidizxs. Según lx norteamericanx:

“[La baja teoría –*low theory*–] también hace las paces con la posibilidad de que las alternativas residen en las oscuras aguas de lo contraintuitivo, usualmente tremendamente oscuro y negativo reino de la crítica y el rechazo. Entonces, el libro va y viene entre la alta y la baja cultura, la alta y la baja teoría, la cultura popular y el

conocimiento esotérico, intentando traspasar las divisiones entre la vida y el arte, la práctica y la teoría, el pensar y el hacer, y adentrándose en un ámbito más caótico de conocimiento y desconocimiento”⁶⁷

Es este caos, esta oscuridad de lxs que no piensan desde la superioridad de lo alto, lo que, a mi juicio, nos mantiene a distancia de la enceguedora luz de una razón universal y lo que alinea a estas raras teorías nuevas en la estela del pensamiento crítico contemporáneo.

El título de mi ponencia alude a estas raras teorías nuevas, en un intento de traducción jocosa (y fallida) de lo que puede implicar inscribir al corpus de la teoría *queer* en el horizonte del pensamiento crítico y disidente de la filosofía contemporánea. Los mismos, si es posible hablar de una “crítica desde lo alto” y una “crítica desde lo bajo” se ubican en el reino de los caídos, de los vencidos, de los menoscabados, de los que no estamos salvados (ni queremos estarlo).

Cómo romper sin romperse, nos preguntábamos en uno de los grupos de trabajo realizados en la *Pri-*

67. Halberstam, J., *The Queer Art of Failure*, Estados Unidos, Duke University Press, 2011, p. 2. (La traducción es mía)

mera Celebración de las Amantes. Esta frase era parte del resultado inconcluso y provisorio que surgía como plasmación de lo vivido y reflexionado para compartir con las compañerxs de los otros grupos de producción. ¿Cómo romper sin romperse? ¿Cómo franquear los límites fijados para nosotrxs sin arriesgar a rompernos definitivamente? De algún modo, creo que ese es el riesgo de este modo de teorizar y de ejercer la crítica. Es, definitivamente, el peligro de toda práctica disidente y contrahegemónica. Sabemos no sólo que estamos siempre expuestas y vulnerables, sino también que al inquirir estas heridas y estos límites que nos constituyen nos arriesgamos a una nueva caída. Hay que arriesgarse, hay que animarse a resistir en la práctica de nuestro pensamiento, así como en nuestros modos de amar, coger y vincularnos con los otros.

Y es justamente porque desistimos (*de la alta teoría de las certezas*), porque perdemos el miedo a la incertidumbre (*en vez de entregarnos al resguardo de la tierra de las certezas*), justamente porque nos fugamos en nuestra literatura y filosofía disidente, que sabemos que: “No estamos mejor que vos del otro lado (*porque no hay un infierno al que temer, ni un cielo estrellado al que aspirar. Solo hay otros-lados*). No nos va mejor (*aunque algunas veces la pasamos mejor, acá, en estos fracasos de teoría o en estas teorías del fracaso*). No nos sentimos menos solitarias (*y sin embargo, en ocasiones celebramos nuestras fiestas*

y nuestros encuentros). No hemos encontrado todo el tiempo lo que buscamos (*ni siquiera hemos siempre sabido qué buscábamos. Muchas veces sólo sabemos de dónde estamos huyendo, a qué estamos declinando*), no hemos sido capaces siempre de construirlo (*pero nunca hemos terminado de intentarlo, soñarlo, teorizarlo, esperarlo*). Fracaso luego soy anónimo (*y reposo en el nosotrxs*), frágil, casi absurdo (*pero bien vivo y bien muerto*). La tierra prometida no existe, no hay adonde huir." Entonces, inventemos los encuentros en los que celebrar nuestra fiestas de bajos fondos.

4. Epílogo.

*Titubea mi lengua*⁶⁸

Titubea mi lengua muerta, la que he perdido, la que me ha abandonado. Titubea mi lengua viva, la que he encontrado, la que me ha amparado.

Todas la lesbianas tenemos lenguas largas. Eso dice el portero de mi edificio, mientras la señora del tercero “d” asiente –con su lengua ya cansada–. Todas las mañanas, a las ocho en punto, la cansada lengua y la señora bajan juntas en el ascensor rumbo a quién sabe dónde. Las escucho siempre. Su recorrido las emparenta con el mío, dado que vivo en el segundo “c”, paso obligado de su peregrinación matutina./La lengua lesbiana es una lengua larga, interminable. En su viscosidad cabemos tod@s, incluso las que llevan medias de colores, las que hemos perdido el amor, y las que aún no han sido iniciadas en la peregrinación a la *isla* de lesbos. La lengua lesbiana es una lengua

68. Texto publicado originalmente en *Rara gente. Arte, cultura y disidencia sexual*, N°8, Año 4, Venezuela, 2014. Disponible en: <http://raragenterara.blogspot.com.ar/>

deshecha, incompleta, alquimia de cuerpos, textos, sexos, besos, huecos, gritos, ecos, dedos, puños, teclas, caracteres y silencios. De allí que la “Labiología” constituya una de sus disciplinas centrales, junto con el estudio de las artes lésbico-amatorias (en las modalidades de teóricos y prácticos) y la *Scientia-F(r)ictionis* o teoría de la narración lesbiana, para el desarrollo de una “Lesbología” desquiciada. Ya los primeros colonos se adentraron en las selvas tempestuosas del amazonas en busca de la mítica lengua lesbiana, cuya extensión –se proyectaba– superaría los trece metros de largo. No dejan de ser significativos los descubrimientos del arqueólogo sueco, E. Zvik, quien asegura que se han encontrado, en la zona de las islas tortilleras, fósiles de lenguas cuya longitud oscilaría en el rango de los treinta y los cuarenta centímetros de largo. Una lengua verdaderamente larga. Como la que dice mi portero.

/

La lengua lesbiana está perdida.

Y aún así, hasta mi portero sabe que la lengua lesbiana es ex-tensa, y que se tensa, erecta, alarga, contornea, penetra, distiende, ex-tiende, oscila y se pierde. Siempre des-hecha. En movimiento.

Como su sexo. Como su texto.

/Yo quiero mi lengua lesbiana. //

La primera lesbiana filósofa, Diotima Torticratus (siglo VII a.c.), sostuvo (afirmándose como precursora del famoso argumento ontológico cartesiano y del coger-para-la-muerte (post)heidegeriano):

“Cojo, luego existo.

Cojo, luego muero.” (Fr. 45, *Lesbografías*.)

Las lesbianas, dice el portero de mi edificio, tenemos lenguas largas. Lo cual –ahora que lo pienso mejor– es una gran ventaja adaptativa a la hora de pegar estampillas. A veces, mi lengua se hace pierna, se estira, se tensa, se entre-pierna.

//Quiero mi lengua en la entre-pierna que ella ha inventado para mí. Y la quiero larga. Incluso más larga que la que dice el portero. Y la quiero puño, y la quiero gesto.

La deseo texto. //

A modo de agradecimiento, una epístola tortillera.

A mis querid@s tortiller@s;

Agradecer puede ser la ocasión de celebrar los encuentros personales, teóricos y militantes que signan el recorrido de estos ensayos tortilleros: porque eso es lo que son, ejercicios de una (im)posible lengua lesbiana, nacida del deseo de narrar algo, apenas unos esbozos o contornos, del êthos a partir del cual me pienso –e inscribo– como tortillera.

La idea de compilar los textos aquí reunidos es de María Luisa Peralta, editora de este libro, amiga y compañera tortillera, ideóloga de ésta intervención política y escritural. Sin tu deseo, mi querida Luisa, sin tus órdenes editoriales y cuidados torteriles, estos escritos no se darían cita aquí. Tu vida, activista e intelectual, es una amorosa fuente de inspiración militante e intelectual para mí.

Esta ética tortillera surge del encuentro ineludible (personal, intelectual, ético y político) con mis amigas y compañer@s tortilleras y militantes. El activismo lésbico es, sin lugar a dudas, el prisma (la práctica epistemológica, el locus del deseo y el ejercicio colectivo) que ha posibilitado estos ejercicios filosóficos y narrativos. De la escritura chonga y filosa de tod@s uds, de sus palabras rugosas y gestos conmovedores, de sus feminidades bastardas, de sus letras (post) porno-gráficas,

de todos sus tortismos aguerridos y disidentes, se (des) componen estos textos tortilleros. Entre uds, entre nos. otr@s, intenta deslizarse esta lengua escurridiza y provisoria.

En lo personal, y lo personal es textual, la viscosidad de esta lengua tortillera no sería posible sin el flujo arrollador de mis amigas, compañeras y amantes lesbianas. Catalina Trebisacce, estos textos llevan inscripto nuestro cuerpo.otro, nuestro encuentro de amantes que disfrutan del juego incierto de las guerras del amor, del sexo, del pensamiento y del texto. vale flores, mi apasionada maestra (y amiga) de la lengua tortillera, nuestros encuentros escriturales, desayunísticos, activistas, amistosos, des-bordan (y de-construyen) estos ensayos. Andrea Lacombe, amiga inquieta e intercolutor(t)a cotidiana, nuestras discusiones y lecturas mutuas transitan estos ejercicios textuales. Julieta Massachese y Magdalena de Santo, amigas de los pasillos, las marchas, y las dudas, sin su compañía afectiva e intelectual yo no escribiría lo que escribo. Maia Venturi, nuestra historietista de la cotidianeidad y lucha lésbica; fabi tron, con tu potencia tortillera y tu ternura chonga, y Noe Gall, aventurera amiga de fantasías y deleites activistas; todas ustedes (des)hacen el corpus de estos ensayos.

Amig@s, amantes, compañe@s, guerrer@s de mundos más hospitalarios, pasad@s, presentes y por venir, a uds les encomiendo la diseminación de estos textos en

los fuegos de nuevas celebraciones y encuentros venideros. A todas uds, tortiller@s querid@s, les hago llegar estos restos textuales de una (im)posible lengua tortillera.

*Virginia Cano,
Buenos Aires, octubre de 2014.*

Índice

El martillo que se hace labrys que se hace lengua, por valeria flores	9
1. Encrucijadas teórico-lesbo-gráficas	
I. La lengua de la investigadora. Subjetividad lesbiana y academia.....	19
2. Torteando la producción del saber (académico)	
I. Fragmentos pornográficos: esbozos de una ética tortillera.....	41
II. (Des)hechos contractuales: la potencia contra-natural de las lesbianas en Monique Wittig.....	61
3. Ficciones de una teoría lesbiana	
I. Una exploración en torno a la lengua tortillera	79
II. Esas <i>raras</i> teorías nuevas: o la(s) crítica(s) de la razón (hetero)sexual.....	101
4. Epílogo: Titubea mi lengua.....	117
A modo de agradecimiento, una epístola tortillera.....	120





Segunda Celebración de las Amantes - Jornadas de Orgullo y Disidencia Lesbiana, mayo de 2014, Rosario, Santa Fe. Allí nació la idea de este libro, ante una audiencia embelesada y entusiasta por el trabajo a la vez académico y militante, ideas y métodos contaminándose entre sí para confluir en el pensamiento de la existencia lesbiana. Foto tomada desde el patio de la escuela pública que albergó las jornadas por Albertina Carri.

Se terminó de imprimir
durante el mes de agosto de 2015,
en los talleres de la cooperativa
de trabajo Tricao, CABA.

Hacerse una voz como lesbiana en el árido ámbito académico, para esas lenguas vivaces, es un trabajo arduo que **Virginia Cano** encara con entusiasmo. Así, combina en su escritura una voluntad de forma que dibuja un estilo propio, al tiempo en que entrecruza estéticas versátiles: la belleza recia del martillo que destruye ídolos, con la lucidez del hacha que punza preguntas díscolas, con la gracia jugosa y porosa de la lengua que cartografía un corpus lesbiano y compone una ética tortillera.

Virginia Cano (Quilmes, 1978). Activista lesbiana y feminista, docente y filósofa. Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, Profesora Adjunta de "Ética" por la misma universidad e Investigadora Asistente del CONICET. Publicó numerosos artículos en revistas y libros, tanto académicos como de difusión, en medios locales y extranjeros. Entre ellos, textos aparecidos en las revistas *Estudios Nietzsche* (España), *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas* (Argentina), *Gente rara. Arte, cultura y disidencia sexual* (Venezuela) y *Labrys. Estudios feministas* (Brasil). Co-compiló (junto a M. L. Femenías y P. Torricella) *Judith Butler, su filosofía a debate*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA (2013).



MADRESELVA

